

BOLSILIBROS

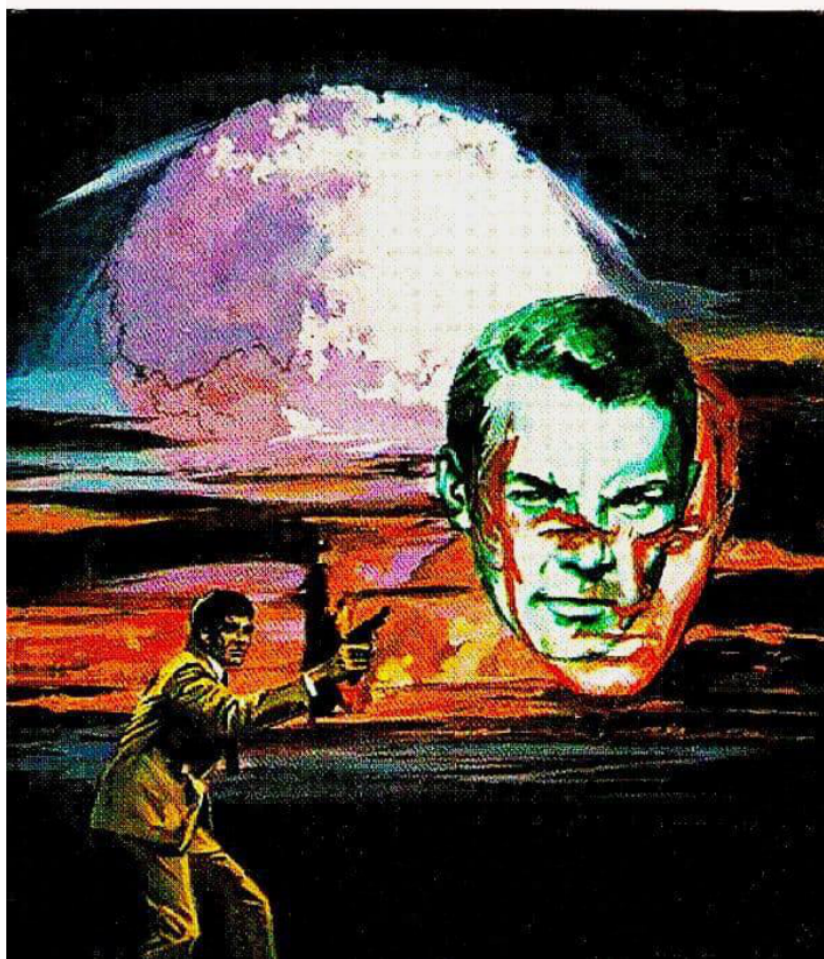


SERVICIO SECRETO

de

mi muerte fue una fiesta

KEITH LUGER



Aquel día era el de mi boda.

Sí, hermano, me iba a casar.

Yo, un tipo con veintiocho años, guapo, simpático, me iba a casar. Yo, Steve Murray, investigador privado, perdón, el mejor investigador privado de Los Angeles, iba a renunciar al celibato.

Las mujeres más hermosas de California estaban de luto. Qué se le iba a hacer. No todos los días perdían a un tipo como yo.



Keith Luger

Mi muerte fue una fiesta

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1130

ePub r1.0

Titivillus 28-11-2019

Título original: *Mi muerte fue una fiesta*
Keith Luger, 1972

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Aquel día era el de mi boda.

Sí, hermano, me iba a casar.

Yo, un tipo con veintiocho años, guapo, simpático, me iba a casar.

Yo, Steve Murray, investigador privado, perdón, el mejor investigador privado de Los Angeles, iba a renunciar al celibato.

Las mujeres más hermosas de California estaban de luto. Qué se le iba a hacer. No todos los días perdían a un tipo como yo.

Sólo había un fulano que se frotaba las manos mientras se moría de risa. Era el sargento Peabody de la Brigada de Homicidios. Me la tenía jurada. Me había deseado lo peor. Y ya iba a tener yo lo peor. El yugo del matrimonio.

Hermano, déjeme que le confiese rápidamente una cosa. Yo estaba enamorado. Sí, señor, me casaba por amor.

Ella era Ingrid Power, un bombón. Con mucha crema por dentro.

Una morena de ojos verdes, un rostro bellísimo y un cuerpo sensacional. ¿Qué otra mujer me podía hacer variar? Me había divertido durante años. Lo había pasado en grande con rubias, morenas o pelirrojas. Ninguna de ellas había sido capaz de echarme el guante.

Y allí estaba ella, Ingrid, desde su fotografía, sonriéndome mientras yo me vestía para ir al matadero. Me miré en el espejo. Ya tenía puesto el chaqué y mi imagen pareció decirme:

«Chico, te la ganaste. Se acabó tu libertad. Sí, ella es hermosa. La más linda jovencita que te podías buscar para hacer juegos de marido y mujer. Pero ya me dirás cómo te va dentro de un par de años, o quizá dentro de un par de meses o quizá dentro de un par de días».

Me llené de terror.

No, yo no iría a la ceremonia. Claro que no iría. Mi salvación era descolgar el teléfono y encargar un billete para Alaska. Eso era lo que tenía que hacer. Y contra más rápido mejor.

Me precipité al teléfono, pero empezó a sonar antes de que lo atrapase.

Descolgué e hice un gallo con la voz.

—Steve Murray, investigador privado.

Deseé con todas mis fuerzas que al otro lado una voz moribunda me dijese:

—Me acaban de asesinar, señor Murray. Descubra a mi asesino.

Pero en lugar de la voz moribunda oí una voz alegre.

—Querido, ¿cómo estás?

Era mi bombón, la mujer que se iba a convertir en la señora Murray.

—Ingrid, amorcito..., qué alegría escuchar tu voz.

—¿Estás vestido ya?

—Sí, Ingrid. Amortajado.

Se echó a reír.

—Qué chistoso eres, Steve.

Ella no podía imaginar que yo lo decía en serio.

—Steve, ¿te has acordado?

—Oh, sí, regué las macetas.

—¡No me refiero a las flores!

Me miré las piernas.

—Tengo los pantalones puestos, Ingrid.

—¡El anillo, Steve! ¡El anillo!

Demonios, se me había olvidado el anillo.

—Lo tengo en la mesilla de noche, nena.

—¡Ponlo ahora mismo en el bolsillo de tu chaleco! —Sí, señora.

—¿Estás emocionado?

—No me llega el agua al cuello.

—Oh, Steve, sólo faltan unos minutos.

—¿Nada más? —grité aterrorizado.

—Eh, Steve, que no soy sorda.

—Perdona, es que estoy un poco nervioso. ¿Y tú?

—Estoy la mar de tranquila.

Claro, ¿cómo no iba a estarlo? Yo era la víctima.

—Ingrid, ¿y tus padres?

—He hablado con ellos hace una hora. Nos envían sus mejores saludos desde Nueva York.

—Oye, ¿no sería mejor que viniesen desde Nueva York?

Pensé en la posibilidad de que dijese que sí. Que necesitaba a sus padres con ella. Y así aplazaríamos la boda.

—Papá y mamá dicen que se beberán una botella de champán a nuestra salud, ya que les es imposible estar en la ceremonia.

—Qué lástima.

—¿Cómo dices?

—Que me habría gustado mucho que tu padre y tu madre estuviesen aquí.

—Eres el primer novio que echa de menos a sus suegros, y por eso te quiero tanto.

Cariño, sólo quería saber si había alguna novedad.

—Ninguna —contesté sintiendo que el sudor frío me corría por la cara.

—No tardes, amorcito.

—No te preocupes. —Iba a agregar: «Estaré en el patíbulo», pero frené a tiempo—. Estaré a tu lado en el momento oportuno.

—Ahí va —dijo y me mandó un beso que me hizo cosquillas en la oreja.

Ingrid colgó y yo lo hice a continuación y me quedé sentado mirando al teléfono. Poco antes yo iba a pedir un billete con destino a Alaska. Pero ahora me faltaba el valor.

Me enfrenté otra vez con el espejo y le grité a mi imagen:

—¡Eres un maldito cobarde! Eso es lo que eres tú.

¡Un maldito cobarde! Te has enamorado de Ingrid Power. La quieres. No puedes vivir sin ella. ¡Anda, niégalo, bastardo...!

El espejo no me contestó.

Encendí un cigarrillo y di unos pasos por la estancia.

En eso sonó otra vez el teléfono. Sería Ingrid para recordarme que me pusiese los zapatos porque estaría feo que me casase con calcetines.

¿O se le había presentado un antiguo amor, el muchachito que le tiraba de las trenzas en la escuela, y que ella se daba cuenta ahora que era el hombre de su vida?

—¿Qué quieres, Ingrid? —pregunté.

Por el otro lado me habló un pato.

—Cuá-cuá.

Yo supe quién era.

—Lo hace muy bien, sargento Peabody. Pero yo no probaría el

foie-gras

que pudiesen hacer con su hígado. Estaría contaminado.

Se echó a reír.

—¿Le divierte, sargento? —rezongué.

—Es la primera vez que me río de un chiste suyo, Murray.

—¿Qué quiere, sargento? ¿Se le complicó algún asunto y, como no sabe dónde tiene la mano izquierda, quiere mi ayuda?

—Sólo le llamaba para darle la enhorabuena, señor Murray. ¿No es lo que se acostumbra entre amigos?

—¿Desde cuándo es usted mi amigo?

—Vamos, vamos, señor Murray. Sin rencor. Recuerde cuál es mi lema: «Si estás casado y eres un desgraciado, consuélate mirando al marido de al lado».

—Gracioso, muy gracioso. ¿Por qué no se gana la vida haciendo chistes en lugar de hacer de policía? Apuesto a que le iría un poco mejor.

Peabody dio un suspiro.

—Bien, señor Murray, he cumplido con mi deber. Y sólo me falta desearle una cosa.

—¿El qué?

—Que tenga doce hijos.

—Puerco.

Empezó a reír con fuerza. ¿No se lo dije, hermano? Aquel fulano estaba disfrutando de lo lindo. Lloraba de risa.

Colgué de un golpe. Me puse a pasear otra vez y, como mi primer cigarrillo estaba consumido por la mitad, encendí otro.

¿Por qué no bebía un *whisky*? Es la mejor ayuda para pasar los malos tragos. Me serví una pequeña ración, pero lo pensé mejor y me serví otros dos dedos. Y bien mirado, decidí que otros dos dedos no me irían mal.

Brindé ante el espejo.

—Muchacho, que te alivies.

Y bebí de un trago el vaso.

Bien. Ya había llegado la hora. No, no podía demorarlo más. Tenía que marcharme a la iglesia.

Me revisé el traje. Podía tener algún botón colgando. Pero todos los botones estaban en su sitio.

—¡Demonios, el anillo!

Corrí a la mesilla de noche, cogí la cajita y la metí en el bolsillo del chaleco. Pero luego pensé que yo no había visto si el anillo estaba

en la cajita, de modo que la abrí para comprobarlo. Allí estaba el maldito anillo.

Ya no había nada que hacer.

Nadie me podía salvar.

La suerte estaba echada.

Respiré profundamente y me dirigí hacia la puerta.

La abrí de un tirón y no di un paso más porque en el hueco había un hombre.

Tendría unos cuarenta y cinco años y era casi tan alto como yo. Sus ojos estaban agrandados y su cara muy roja.

Pensé que me lo enviaba el cielo. Sí, era mi salvación. Yo no conocía a aquel tipo de nada. Nunca lo había visto antes de ahora.

Pero era mi ángel salvador. Seguro que lo era.

—¿Qué tal? ¿Cómo se encuentra? —dije.

—Glu-glu —contestó.

Pensé que podría venir de muy lejos o pertenecer a una tribu extraña, o quizá me lo enviaban de algún planeta. ¿Por qué no? Quizá ellos estaban mucho más avanzados que nosotros y habrían acabado con el matrimonio. Y entonces sabrían que yo estaba a punto de casarme y no podían permitir que un tipo tan inteligente como yo hiciese una vulgaridad tan tremenda.

Le cogí una mano y se la agité.

—¿Cómo está usted?

—Glu-glu —repitió y luego cayó sobre mí.

No pude sostenerlo a tiempo y los dos nos fuimos por el suelo.

Me lo quité de encima como pude y entonces noté en mis manos algo húmedo. Era sangre. Observé el chaleco y vi que también estaba manchado de sangre.

—Eh, amigo, que es mi traje de novio. No tenía derecho a ensuciármelo.

—Glu-glu —gruñó aquel hombre.

Estaba boca arriba sobre mi moqueta. Y ya había un trozo de ella manchada de sangre.

Abrí la chaqueta del fulano y vi el enorme boquete que tenía en el costado.

—Eh, oiga, ¿cómo le hicieron eso?

—Mermelada —dijo.

—¿Cómo?

—Mermelada —repitió y ya no pudo decir nada más porque se murió.

CAPÍTULO II

Si alguien me hubiese visto allí de rodillas y ante un cadáver, habría pensado que algo marchaba mal en mi boda.

¿Qué clase de pensamientos eran los míos? ¿Es que había perdido la facultad de razonar, bastando para ello que me pusiese un chaqué?

Al diablo con lo que yo tenía que hacer con el chaqué. Allí tenía un cadáver. Un tipo que había muerto diciendo mermelada.

Pero mi casa no era un supermercado. No, no era posible que el muerto se hubiese metido allí para hacer su compra. Mi apartamento está en el piso 25 y aquel tipo había viajado en el ascensor intencionadamente. ¿Y a quién quería ver?

A Steve Murray.

¿Y quién era Steve Murray? Un investigador privado.

Me palmeé en la frente.

—Ya eres un ser humano, Steve —dije—. Ya has dejado de ser un gorila. ¿Y qué haría un ser humano en tu lugar? Saber quién es la víctima. Maravilloso. Qué maravilloso descubrimiento es el de razonar.

Saqué la cartera del muerto.

Tenía un carnet del Sindicato de Actores.

Eso era. Un actor. ¿Sería una broma de Peabody y me habría mandado a aquel tipo para que hiciese una representación en mi obsequio?

Le tomé el pulso. No, aquel tipo no estaba representando. No le darían nunca el Oscar.

No, no se lo dan a los actores muertos.

Se llamaba Charles Merriman.

Le observé la herida. Un hermoso cuchillazo. En technicolor. En Cinerama.

Aunque estoy seguro de que Charles Merriman no lo habría considerado hermoso.

Corrí al teléfono y marqué el número de la policía.

—Con el sargento Peabody, por favor.

—¿Quién lo, llama?

—Steve Murray.

Transcurrieron unos instantes hasta que oí la voz de Peabody.

—¿Me está recriminando que no le hiciese ningún regalo, señor Murray?

—Ya me lo hizo, sargento. Lo acabo de recibir.

—¿Be qué me habla?

—Del muerto.

—¿Un muerto?

—Sí.

—¿De qué muerto habla?

—Del que tengo delante de mí.

—¿Está ebrio, Murray?

—No.

—Confiese que es una broma.

—Sargento Peabody, ¿cree que puedo gastar bromas el día de mi boda? Salía justamente para la iglesia cuando me encontré con el cadáver. Bueno, a decir verdad en ese momento todavía no lo era. Estaba de pie y luego se derrumbó sobre mí.

—¿Sabe lo que le digo, Murray?

—Ábrame su corazón, sargento.

—¡Llame a su tía!

—Mi tía no trabaja en Homicidios, sargento Peabody.

—¡Me la está jugando, Steve! ¡Sé que todo lo de usted es una farsa! ¡Sé que quiere vengarse de mí porque me he carcajeado de su boda!

—Sargento, se cometió un asesinato. La víctima está en mi apartamento. Le doy quince minutos para que venga aquí. No podré esperar más porque debo asistir a mi boda.

Tardó doce minutos en aparecer.

Y no llegó solo, sino con los detectives Jack Kelly y Sam Nichols.

Los tres se quedaron de una pieza al ver el cadáver sobre la moqueta.

Yo bebía un *whisky* y fumaba un cigarrillo.

El sargento Jonathan Peabody no es feo. Sería decir poco. Tiene un rostro como hecho con trozos de arcilla por un niño de cuatro años, y que hubiese realizado su peor obra.

Quiso cerciorarse él mismo de que aquel hombre estaba muerto. Y le tomó el pulso como yo lo había hecho con anterioridad. Yo le pregunté con mi mejor sonrisa:

—¿Resucito, sargento?

Peabody se enderezó y se me quedó mirando como si yo fuese un escorpión que hubiese encontrado debajo de su cogote.

—¿Qué hace aquí? —Estaba señalando el muerto.

—¿No lo sabe, sargento? Tengo uno cada semana. Éste es el del martes. Sí, sargento. Me mandan los cadáveres a domicilio. Y es lo que yo digo. Deberían mandárselos a la policía. Pero ¿qué quiere que yo le diga? La gente sabe dónde están los investigadores buenos y dónde están los malos.

—¡Silencio!

—Ya estoy callado, sargento.

—¡Sólo quiero que conteste a mis preguntas! ¿Lo entiende? ¡Sólo a mis preguntas! ¡No empiece a enredarme!

—Adelante, sargento Peabody.

—¿Quién es él?

—Charles Merriman.

—¿Cuándo lo conocí?

—En la puerta.

—¡No empiece con eso!

—Tengo que empezar porque también es donde termina mi relación con ese hombre.

—¿Espera que le crea?

—¿Le digo la verdad, sargento?

—¡Se lo exijo, Murray!

—Entonces, no espero que me crea.

—¡Murray...! ¡Va a confesar!

—¿Qué cosa?

—Usted ha matado a este hombre.

—¿Quién?

—¡Usted! ¡Ha matado a este hombre!

—¿Ah, sí? ¿Y por qué lo había de matar yo, sargento? ¿Quizá porque he sentido celos de él? Es un actor según reza en su credencial. Usted a veces me ha dicho que soy un farsante. Y un farsante es el que hace farsas. ¿Supone que me sentí tentado por los escenarios y que pensé que este hombre me cortaba el camino hacia Broadway o Hollywood?

—¡Deje de decir tonterías, Murray...! ¡Deme la credencial!

Le di el carnet de mi visitante.

El sargento lo observó durante unos instantes y lo pasó a Jack Kelly. Peabody vino hacia mí.

—¿Un *whisky*, sargento?

—¡No bebo en acto de servicio! Voy a admitir por un momento que dice la verdad.

Usted abrió la puerta y allí estaba Charles Merriman. ¿Qué pasó?

—Ya se lo dije. Cayó sobre mí y los dos nos derrumbamos.

—¿Y luego?

—Nada. Se murió.

—Charles Merriman debió decir algo porque usted le preguntaría.

—Sí, sargento. Me dijo algo.

—¿Qué cosa? Vamos, suéltelo.

—No rae atrevo.

—¿Cómo que no se atreve? ¿Qué fue lo que le dijo? ¡Estoy esperando, señor Murray!

—Mermelada.

—¡Estoy esperando que suelte lo que él dijo!

—Mermelada. Fue lo que él dijo. Mermelada.

—¡Esto le puede costar caro, Murray! ¡No consiento que se burle de mí! Se lo he advertido muchas veces. Hasta ahora no sirvieron de nada las advertencias. ¡Pero esta vez se la va a ganar!

Esperé pacientemente a que Peabody terminase su retahíla de maldiciones.

—Murray, le preguntaré otra vez. ¿Qué le dijo ese hombre antes de morir?

—Sólo dijo otra cosa antes.

—Estupendo. Ahora va mejor. Diga lo que dijo antes.

—Glu-glu.

—¿Cómo?

—Glu-glu... Y luego mermelada.

Peabody cerró los puños con fuerza.

—¡Detective, Kelly!

—¡A la orden, sargento!

—¡Detenga a este hombre!

Yo me engallé:

—¿Bajo qué cargo, sargento? ¿O me va a decir que se ha inventado un nuevo delito para el hombre que escucha a otro antes de morir decir

glu-glu

y mermelada? ¡Yo no tengo la culpa de que Charles Merriman me dijese eso! Y ya no pregunte más por lo que el muerto dijo antes de morir. Porque eso fue todo lo que dijo. Nada más que eso.

Sonó el teléfono. Fui a cogerlo, pero Peabody se me adelantó.

—¿Diga? ¡Sí, es el apartamento de Murray...! Ahora habla con usted.

—¿Mi prometida, sargento?

—No, el padrino de la boda. Ese puerco periodista.

Se refería a David Collins, un buen muchacho con el que me llevaba muy bien. Y habíamos jurado estar juntos en las horas malas. Por eso era el padrino.

—Hola, David.

—¿Qué haces todavía ahí?

—Pensaba llegar a tiempo.

—Tu novia está a punto de llegar. Y tú todavía no te has puesto en marcha.

—Es que pasó algo, David.

—¡No me importa lo que haya pasado, Steve! ¡Tienes que estar aquí! ¡Con el padrino, con la novia, con los cien invitados!

—Sí, David, enseguida. No tardaré.

—¡Date prisa, maldita sea!

Colgué el teléfono.

—Sargento, ya no me necesita para nada y me voy.

—¡Usted no se va, Murray!

Señalé el teléfono.

—¿Es que no lo ha oído? ¡Me están esperando para la boda!

—¡Bien sabe Dios que deseo esa boda más que nada en el mundo!

¡Pero usted se queda!

—¿Por qué?

—Condenación, se ha cometido un asesinato en su apartamento y pregunta, ¿por qué se queda?

—Un momento, sargento. El asesinato no se cometió aquí o yo habría visto al asesino.

No, señor. El muerto no me pertenece. Es todo suyo.

—¿No me engaña, Murray? ¿Nunca había visto antes de ahora a este hombre?

Levanté la mano.

—Le he dicho la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, sargento.

—Está bien. Puede marcharse al sacrificio. Lo veré en la fiesta.

—Oh, sí, sargento. Será recibido gustosamente por los nuevos señores Murray.

—Es el hotel Olimpia, ¿no?

—Correcto, sargento. Hotel Olimpia. Y le pido, por favor, que no falte. Yo le echaría mucho de menos.

Me dirigí hacia la puerta y me detuve para echarle una mirada al muerto. ¿Por qué Charles Merriman había venido a verme? ¿No había deseado yo que el teléfono sonase, y que a la otra parte surgiese la voz de un moribundo? Demonios, mi petición había sido escuchada. Lo sentí por Charles Merriman. Sí, lo sentí mucho. Prometí no volver a desear nada que fuese contra la ley.

«Y ahora a casarte, Steve».

Bajé en el ascensor y salí al vestíbulo, donde había mucha gente porque en las seis primeras plantas del edificio se ubicaban muchas oficinas. Un hombre se me arrimó por la derecha y me apoyó algo duro en el cuerpo.

—Una palabra más y te hago un agujero en ese traje tan bonito, Murray —gruñó.

—Cuidado, es un chaqué alquilado.

Miré al tipo. Tenía cara de asesino, rubio, de cejas blancas y risita de loco.

—Perdone, amigo, pero debe equivocarse —le dije—. No soy la persona que busca.

—Te llamé por tu nombre, Murray. Y eso quiere decir que tú eres la persona que yo busco. Andando hacia el coche negro que hay junto al bordillo de la acera. Cuidado, y no trates de escaparte o te la ganas.

CAPÍTULO III

El rubio de cejas blancas me seguía apoyando su objeto duro en el costado. Yo sabía lo que era. Una pistola, y parecía de buen tamaño.

—Oiga, amigo, ¿le da lo mismo que nos veamos más tarde? —Le sonreí—. Es que tengo una cita importante.

—Yo sé la cita importante que tú tienes. Con mi jefe.

—Oh, no, con su jefe, no. Con mi novia.

—Tendrá que esperar.

—Si ella espera, se pondrá un poco nerviosa.

—Pues que tome tila. Obedece sin rechistar. ¡Al coche!

Me empujó para que saliese y no tuve más remedio que darle a las piernas.

El coche negro estaba en el bordillo. Había un hombre al volante y otro en el asiento trasero. Fue éste quien abrió la portezuela y me sonrió con una boca de rana.

—Pase, muchacho.

El rubio me obligó a que entrase primero y luego lo hizo él.

Boca de Rana dijo al conductor:

—En marcha, Peter.

Miré al rubio que me estaba sonriendo y luego a Boca de Rana y finalmente me palmeé las rodillas y dije con jovialidad:

—Bien, muchachos, ¿de qué se trata?

—Lo sabrás cuando lleguemos. —¿Adónde vamos?

—Lo sabrás cuando lleguemos.

—¿Quién es la persona que les envía?

—Lo sabrás cuando lleguemos.

—¿Saben que su conversación es la mar de amena? Recuerdo una vez que me encontré con un tipo. El estaba borracho. Cada vez que bebíamos, él me decía: «Brindo por ella». Se puso a llorar. Y yo le pregunté: «¿Por qué lloras?». Y él me contestó: «Lloro por ella». De pronto le pegó un puñetazo a un camarero y yo le pregunté: «¿Por qué le pegas?». Y él me contestó: «Le pego por ella». Le estrellaron una silla en la cabeza y, cuando estaba a punto de desvanecerse, me dijo: «Me duermo por ella».

No les hizo gracia el chiste y decidí jugar con otro:

—¿Saben, muchachos? Hoy me caso. ¿Qué opinión les merece el matrimonio? —Me miraron como si yo fuese un trozo de bacalao pasado. Y eso fue todo.

El coche se detuvo en un callejón.

Me sacaron a tirones.

—Cuidado, que me van a estropear el chaqué —protesté.

El rubio sacó su pistolón.

—Muévete, Murray.

Entramos por una puerta.

El rubio y Boca de Rana vinieron detrás de mí por un corredor.

Al final había una puerta acristalada.

El lugar olía a humedad.

Entramos en una oficina con una mesa, archivadores, dos sillones y un sofá. Uno de los sillones estaba ocupado por un tipo que parecía una ballena. Tenía cara redonda, ojos redondos y jugaba con tres monedas redondas. Se las pasaba por los nudillos. Siempre había visto hacer ejercicios con una sola moneda, pero aquel tipo no tenía bastante con una. Lo hacía más difícil todavía.

—Jefe, aquí está —dijo el rubio.

Apunté a La Ballena con el dedo:

—Oiga, amigo, ¿sabe que secuestrar a la gente está muy castigado por la ley?

Dejó de hacer sus ejercicios con las monedas y me miró con sus ojos redondos.

—¿Dónde está, Murray?

—¿Dónde está qué cosa? —retruqué.

—Usted sabe a qué me refiero.

—¿Qué pensaría si le dijese que no sé a qué se refiere?

—Malo.

—¿Qué pensaría si le dijese que están ustedes errados y que se equivocaron de tipo?

—Malo.

—Pues se lo digo. Se equivocaron de tipo. Y están errados.

La Ballena señaló una cuerda, y la cuerda estaba atada a una piedra que debía pesar no menos de cincuenta kilos.

—¿Quiere ir a parar al mar, Murray?

—Pensaba ir a pasar las vacaciones en el mar. Hoy me caso, ¿sabe?

—Pues le presento a su novia —dijo señalando la piedra.

—No me gusta. Demasiadas aristas. La que yo elegí tiene, mejores formas.

—Pues es la única novia que tendrá.

—Oiga, ¿cómo se llama?

—Mark Sorrell.

—Bien, señor Sorrell, ¿por qué no me dice qué clase de juego es éste? Quizá lo encuentre divertido y me anime a participar. ¿Lo entiende? Debo conocer las reglas. De lo contrario, no puede esperar nada de mí.

—Charles Merriman.

—¿Qué pasa con Charles Merriman?

—Confíeselo.

—No, señor Sorrell, no le conozco.

—Malo.

—Señor Sorrell, le voy a contar una historia y es la más verdadera historia que he podido contar en mi vida. Yo estaba en mi apartamento. Me disponía a salir de él para casarme. ¿Y qué cree que pasó? Que sonó el timbre y apareció ese hombre, Charles Merriman. Tenía un cuchillazo en el costado. Se derrumbó sobre mí y se murió. Fin de la película. —Pero él le dijo algo.

—No.

—Le dijo algo.

—No.

La Ballena tenía ranzón. Merriman me había dicho
glu-glu

y mermelada. Podía decírselo a ellos, pero me sentí molesto por la forma en que tenían de suspender mi boda. Yo no les había pedido ayuda para que impidiesen mi casamiento. ¿Por qué infiernos les iba a decir lo que me había dicho Merriman? No, no me daba la gana decírselo.

—Le aseguro que Merriman no llegó a pronunciar una sola palabra, señor Sorrell. De modo que haremos un trato. Yo nunca me encontré con el rubio ni con Boca de Rana. No, señor. Ellos no me estaban esperando a la salida de mi apartamento. Nunca vine a este lugar. Yo no le conozco a usted, señor Sorrell. Jamás le he visto. ¿Están así bien las cosas?

Todos quedamos en paz, y yo me voy a mi fiesta.

—La única fiesta que usted va a tener es su muerte.

—¿Mi muerte una fiesta? Ah, no, señor Sorrell. Es mi boda lo que quiero celebrar.

—Señor Murray, estamos metidos en un negocio de mucha envergadura. Hay millones en juego. Y ya le he dicho demasiado. Quiero que se de cuenta de que el asunto es muy serio. Deje de tomarlo a broma, ¿quiere?

—¿Broma? ¿Quién lo está tomando a bromas? Oiga, señor Ballena, digo, señor Sorrell, hoy es el día de mi boda. Lo quiera usted o no, mi novia me está esperando. Y eso me recuerda que un caballero no debe hacer esperar a una dama. Hasta la vista.

Me volví para marcharme, pero no llegué a dar un paso.

Risita de Loco, ya saben, el rubio de cejas blancas, me enseñó su pistolón. Pero qué manía tenía el tipo con el armatoste.

—Oye, rico, guarda eso, y te compro uno de caramelo —dije.

Esta vez le hice gracia. Puso el dedo en el gatillo.

—Jefe, deje que pruebe a hacerle un agujero.

—Muy bien, Nick. Le puedes hacer el agujero si llega a dar un paso hacia la puerta.

—Gracias, jefe.

No di el paso hacia la puerta. Me enfrenté de nuevo con la Ballena y lamenté no tener un buen arpón para pegarle en toda la grasa.

—¿Qué quiere de mí, señor Sorrell?

—Sabíamos que Charles Merriman tenía un cómplice y desconocíamos su identidad hasta hoy.

—De modo que ya conocen al cómplice.

—Sí.

—Estupendo.

—Es usted.

—¿Yo?

—Usted, señor Murray, es el cómplice de Charles Merriman.

Divertido. Aquello era la mar de divertido. Era el día de mi boda. Creo habérselo dicho, hermano. Y allí estaba yo en aquella oficina, con tres tipejos a los que yo no había visto nunca. Y me acusaban de ser el cómplice de un fulano que tampoco había visto nunca, hasta que llegó a mi apartamento con un boquete en el costado.

—Señor Sorrell —le contesté con mi mejor sonrisa—. Aquí hay un grave error.

—¿Sí?

—Merriman y yo no teníamos nada en común.

—No niegue, señor Murray. Los hechos son evidentes.

—¿Qué hechos?

—Merriman fue herido. Tenía un cuchillazo.

—Sí, tenía un cuchillazo y apuesto a que Boca de Rana o Risita de Loco se lo obsequió —señalé a cada uno de los fulanitos que me habían traído en el coche negro.

—No, señor Murray —negó Sorrell—. No fueron ellos.

—¿Y quién fue? ¿O también me va a acusar de pegar cuchillazos?

—Fue el Turco:

—¿El Turco? ¿Qué Turco?

—Barry —le dijo a Boca de Rana—. Trae acá lo que queda del Turco.

Boca de Rana abrió una puerta.

—Mire ése, señor Murray —dijo Sorrell.

Al principio no supe lo que era. Parecía un pulpo o quizá fuese una medusa. Pero las medusas no tienen ojos como los humanos.

Boca de Rana le pegó un puntapié a «aquello».

Y «aquello» se levantó. Era un hombre. Le habían roto la cara y se tambaleaba.

—Que no caiga aquí —dijo la Ballena—. No quiero que me manche.

Barry empujó al hombre destrozado y éste volvió a caer en la habitación de al lado y Boca de Rana cerró la puerta.

La Ballena habló:

—El Turco es un sujeto que quiere hacer las cosas por su cuenta. Le dije que tuviese cuidado con Merriman. Que lo quería ver vivo. Que me trajese a Merriman para hablar con él. ¿Y qué fue lo que hizo?

—Eso. ¿Qué fue lo que hizo?

—El Turco tiene demasiada afición al cuchillo. Y se le fue la mano.

—Quiso hacer rebanadas con Merriman.

—Después de todo hemos salido ganando porque Merriman, al sentirse herido de muerte, se puso en camino en busca de su cómplice.

—Vaya, qué bueno.

—Y se dirigió a su apartamento, señor Murray.

—Vaya, qué malo.

Esta vez le había tomado la ventaja al calificar mi situación. Estaba

cansado de oírsele decir a él.

—Hemos vuelto al principio, señor Murray.

—Y no hemos adelantado nada. ¿Por qué? Sencillamente porque yo no sé nada. Le sugiero que nos demos la mano como buenos amigos y me dejen contraer matrimonio como un buen ciudadano.

—No, señor Murray, usted no saldrá de aquí hasta que escupa lo que le contó Merriman.

—No me contó nada.

—Está bien. Le daremos el tratamiento.

—¿El tratamiento?

—Para que cante.

Boca de Rana cogió algo de un cajón. Eran unos nudillos de bronce. Todavía estaban húmedos. Eran con los que habían golpeado al Turco convirtiéndolo en un despojo.

Pensé en Ingrid y en lo que diría ella aquella noche si me dejaban como estaba el Turco, convertido en algo que no se sabía si era un pulpo, una medusa o un hombre. Ingrid protestaría. Pediría el divorcio.

Demonios, eso me hizo recordar que la pobre Ingrid me estaba esperando para contraer matrimonio. Ella era muy honesta y me había exigido la ceremonia antes de la noche de bodas.

Boca de Rana se vino hacia mí sonriendo, golpeando los nudillos de bronce contra la palma de la otra mano.

CAPÍTULO IV

¿Se ha visto en algún apuro semejante, hermano? Un tipo. Risita de Loco, me apuntaba con su pistolón y otro fulano, Boca de Rana, me iba a hacer pedazos con sus nudillos de bronce. Y la Ballena sonreía feliz.

Dejé que Boca de Rana se me acercase y luego salté.

Tenía que moverme aprisa, muy aprisa, para impedir que Ingrid se quedara sin novio.

Atrapé a Risita de Loco por el brazo armado y tiré de él con todas mis fuerzas.

El pistolón soltó un zambombazo.

Alguien en la habitación dio un mugido.

Caímos sobre la Ballena y vi que éste estaba echando sangre por un agujero que tenía en la frente.

Risita de Loco era un manazas. Había disparado el pistolón y le había acertado al gordo.

Y después del fallo, él rubio lanzó una maldición y aposté a que quería rectificar.

Yo había logrado atrapar a Boca de Rana por el cuello con una llave *made in Japan*.

Apreté y oí cómo crujían sus vértebras.

Risita de Loco soltó otro zambombazo.

Yo seguía siendo su objetivo, pero Boca de Rana paró la bala con el pecho, aunque de haber salido de mis manos tal como estaba, habría necesitado unos meses de hospital para recuperar el movimiento. Pero ahora ya no lo podía recuperar. Otra bala del pistolón se le llevó media cara. Y el rubio ya no tenía otra persona con la que ensayar su puntería. El próximo cañonazo me lo destinaría a mí.

Le arrojé encima el cuerpo de Boca de Rana y se tambaleó.

Yo me lancé de cabeza sobre él recordando mis tiempos de jugador de *rugby*.

Aqué! era un tanto decisivo. El tanto de la victoria.

Logré asir la mano con la que empuñaba el arma mortífera.

Caímos sobre la puerta y le pegué un rodillazo en la ingle.
Le retorcí la muñeca y cayó el arma.
Me pegó un izquierdazo al hígado y le solté un derechazo a la cara.
Me mordió un riñón y yo le mordí una oreja.
Algo brilló en su zurda. Una navaja barbera.
—Ya estoy afeitado —le grité.
Pero Risita de Loco se empeñó en hacerme un corte de patillas.
El acero me rozó la nariz.
No, a Ingrid tampoco le habría gustado que yo quedase chato. El próximo viaje de la navaja fue derecho a su estómago.
Hubo una razón para ello. Yo le estaba empujando la mano.
La hoja de acero se hundió en el estómago de Risita de Loco como en un bloque de gelatina.
Risita de Loco lanzó un aullido, puso los ojos en blanco y se relajó.
Me levanté para recibir la ovación del público.
Oí pasos al otro lado de la puerta. Y entonces recordé a Peter, el conductor del coche negro.
Me puse detrás de la puerta y entró Peter.
Se quedó asombrado al ver el escenario. Yo tenía el pistolón en la mano y se lo apoyé en la espina dorsal.
—Silencio, chico. Los gritos más tarde.
Le obligué a volverse.
—Bien, Peter, tus amigos están muertos, incluido el gordo. Ahora me vas a decir qué clase de asado está en el fuego.
—No sé nada.
Le pegué con la mano abierta en la cara.
—Peter, tengo prisa. Me caso hoy. ¿Qué buscaba tu jefe de Merriman?
—Yo no sé nada.
—Tienes que saber algo.
—Mire, señor Murray. Yo no estaba en el ajo. Se lo juro. Me daban trescientos al mes por llevar el coche arriba y abajo. Vine a decirle al señor Sorrell si podía marcharme a casa porque tengo a mi madre enferma.
Era un hijo modelo. Tenía a su mamaíta enferma y quería estar a su lado para cuidarla.
Le pegué un envión a la puerta y la cerré.
—Ponte al lado de la pared y no intentes nada.

—¿Qué va a hacer?

—Llamar a la policía.

—No haga eso, señor Murray.

—Dime una razón para que no lo haga.

—Hay una caja fuerte detrás del cuadro.

—¿Y qué hay en la caja fuerte?

—Cien mil dólares. Le propongo que los repartamos. Cincuenta mil para usted y cincuenta mil para mí.

—Cien mil dólares es mucho dinero para que los tuviese un hombre como Mark Sorrell.

—El lo recibió del que está por encima suyo.

—¿Y quién está por encima de él?

—No lo sé.

Ya estábamos como antes. Pero aquello no era cosa mía. No, no era cosa mía porque yo no tenía ningún cliente. Bueno, tenía un cliente, Ingrid, que me estaba esperando para realizar el más importante negocio que un hombre y una mujer pueden realizar a lo largo de su vida.

Descolgué el teléfono y marqué el número de la policía.

Peter gritó:

—¡No sea loco, señor Murray! ¡Deje el teléfono quieto!

—Con el sargento Peabody —pedí.

Tardó como diez segundos en ponerse.

—¿Dónde infiernos se metió, sargento Peabody?

—Caramba, es el novio. ¿Me echa de menos en la fiesta?

—Oiga, quiero que venga a otra fiesta. Tengo tres muertos para usted.

—Está vez no me la pega.

—Le digo que estoy con tres muertos.

—¡Maldita sea, no puede ser cierto!

—Peter, ¿cuál es la dirección?

—Calle Canyon, número 14.

—Sargento, estoy en la calle Canyon número 14.

—Con tres muertos, ¿eh?

En aquel momento Peter, creyéndome distraído, sacó una pistola del bolsillo de la chaqueta.

Me maldije por no haberle desarmado.

Hice lo que cualquiera habría hecho en mi lugar. Apretar el gatillo.

Sonó un doble cañonazo. Pero yo saqué un poco de ventaja.

Mi bala lanzó a Peter contra la pared y lo mantuvo allí pegado durante unos instantes, como si fuese una mariposa. Su pecho era una ruina y se despegó poco a poco y cayó en el suelo.

—¿Qué fue eso? —gritó el sargento.

—Una rectificación, Peabody. Son cuatro muertos.

Y un pingajo llamado el Turco.

—Esta vez le voy a ajustar las cuentas —colgó. Marqué el número de la iglesia.

Estaban esperando la llamada porque enseguida se puso David Collins y debió suponer que era yo porque lo primero que dijo fue:

—¿Maldito, Steve Murray?

—Sí, David.

—¿Qué infiernos estás haciendo, Steve? ¡Te estamos esperando!

—¿La novia?

—Ingrid está muy nerviosa.

—Llegaré enseguida.

—Si no te das prisa, Ingrid se come el ramo de azahar.

—Allá voy.

Eché a correr, pero antes de salir hice un saludo.

—Lo siento, caballeros. Pero no era mi intención causarles tantas molestias.

Salí por el callejón a la calle y cogí un taxi.

—A la iglesia de San José.

El taxista me miró de reojo.

—De boda, ¿eh?

—Sí, señor. Es la mía.

Era un taxista simpático. Soltó una risita y agregó:

—Compadezco a los contrayentes.

—¿Que usted los compadece?

—No me fue bien en ninguno de mis matrimonios, ¿sabe?

—¿Y cuántos hizo?

—Cuatro.

—¿No acertó a encontrar su media naranja?

—Todas son buenas al principio. Pero luego se estropean. ¿Es su primer intento?

—Sí, señor.

—Le felicito. El primer intento es el mejor. Todo resulta original.

Pero luego, de tanto repetirse, uno se aburre.

—Yo no pienso aburrirme —dije recordando a Ingrid en bikini.

Al cabo de un rato, el taxista dijo:

—¿Está seguro de que su amiga no quiere organizarle un escándalo?

—¿Mi amiga?

—La que viene detrás.

—¿Quién viene detrás?

—Una pelirroja muy hermosa. Sí, señor. Cuando su coche se acerca, la veo en el espejo retrovisor.

No quise mirar para no espantar a la mujer que nos seguía.

—¿Puede describirla?

Estuvo observando el espejo retrovisor y pasados unos minutos dijo:

—Yo diría que tiene unos veinticinco años, ojos verdes, el rostro muy bonito. Sí, señor, tiene usted buen ojo. Su mujer ya tiene que ser guapa para que usted la prefiera.

CAPÍTULO V

El taxi se detuvo junto a la iglesia de San José.

—Ya hemos llegado —dijo el conductor.

—¿Y ella? —pregunté mirando a mis espaldas—. La pelirroja.

—Se ha detenido un poco más arriba para que usted no la viese. Lo que le digo, amigo. Ella, le va a armar un escándalo. Aparecerá en el momento crítico cuando el pastor le pregunte si hay alguien que se opone al matrimonio. Se lo digo por experiencia. Me pasó en mi segunda ceremonia. Todo estaba tan tranquilo y de pronto apareció Lola.

—¿Lola?

—Una chica con la que tuve un asuntillo. Y vaya la que armó. Mi pobre Sandy, bueno, Sandy era la que se iba a casar conmigo, se desmayó. Tenía que haber oído lo que dijo.

Vi aparecer a David Collins en lo alto de la escalera y me hizo señales para que me diese prisa.

—Hasta la vista, amigo. Y gracias por sus consejos.

—Sobran tres dólares.

—Para usted.

Eché a correr escaleras arriba mientras miraba hacia atrás en busca de la pelirroja, pero no la pude ver entre la gente.

David Collins me cogió del brazo.

—¿Dónde infiernos te has metido?

—Tuve un muerto por aquí, otro muerto por allá...

—Tú y tus malditos chistes.

No, no se lo podía creer. Y tampoco me creería Ingrid.

David tenía razón. Ingrid estaba la mar de nerviosa. Pero también estaba la mar de bombón.

—Hola, Ingrid.

Sus hermosos ojos verdes me miraron como si yo fuese un desconocido.

—No tenías que haberme visto, Steve. Tú tenías que estar en el altar con la madrina y yo llegar con el padrino.

Era un ángel lleno de furia.

Le di un beso en los labios.

—No me puedes besar, Steve.

Le di un beso en la nariz.

—¡Ahí tampoco!

Le di un beso en la barbilla.

Ése fue el bueno porque me sonrió y dijo:

—Oh, Steve, creí que te habrías arrepentido.

—¿Yo arrepentirme, Ingrid? Estoy deseando ser tu maridito.

Hermano, el que diga que soy un hipócrita, que tire la primera piedra.

Recordé al sargento Peabody. No tardaría en llegar.

—Empecemos la ceremonia, David —dije.

Estuvimos de acuerdo.

Fui al altar con la madrina, Emma, una modelo amiga de Ingrid y empezó a sonar el órgano.

Mi maravillosa novia se acercó acompañada por el padrino.

Cuando el pastor estaba pronunciando sus emotivas palabras acerca del significado del matrimonio, Ingrid y yo nos miramos. Y por primera vez me di cuenta de que yo estaba haciendo lo que tenía que hacer. Me estaba casando con una mujer maravillosa.

Le guiñé un ojo a Ingrid y sus mejillas se sonrojaron.

Y de pronto vi aparecer al sargento Peabody. Venía acompañado por Sam Nichols y Jack Kelly. Por la forma de mirarme, supe que Peabody venía a partirme en dos de una dentellada.

Pero se detuvo con sus sicarios y esperó a que la ceremonia terminase.

Entonces descubrí a la pelirroja junto a una columna.

Demonios, era como el taxista había dicho. Una mujer sensacional.

Oí que Ingrid me preguntaba por lo bajo:

—¿Quién es ella?

—¿Ella?

—Ya sabes a quién me refiero. A la bruja rojiza.

—Es la primera vez que la veo.

—No es mi amiga, y si está aquí, tiene que ser por ti.

—Te juro que no sé quién es.

El pastor había terminado su discurso y empezó a hacer las preguntas.

La pelirroja me había traído a la memoria la muerte de Charles

Merriman, el hombre que había llegado a mi apartamento con un cuchillazo.

Ingrid me pegó con el codo. Naturalmente el pastor me acababa de preguntar si yo aceptaba a Ingrid por esposa.

—Mermelada —le contesté.

Hubo un momento de suspense, como si en la iglesia acabasen de entrar una legión de marcianos. Oí cómo rechinaban los dientes de Ingrid.

—Sí, acepto —rectifiqué todo lo rápido que pude.

Hice un esfuerzo para olvidar a Charles Merriman, a la Ballena, a Risita de Loco y a Boca de Rana. Demonios, era el día de mi boda y ya iba por los cinco muertos.

El pastor dijo:

—Yo os declaro marido y mujer.

Ingrid se volvió hacia mí y yo me volví hacia ella.

Los dos nos miramos a los ojos.

—Te quiero, Ingrid —dije.

—Y yo te quiero a ti.

Nos dimos un beso largo, con el que yo quería demostrarle todo mi amor.

Y luego llegaron las felicitaciones de los invitados.

De cuando en cuando veía a la pelirroja, pero no se acercaba.

Hubiese querido cambiar unas palabras con ella.

Pero en su lugar apareció el sargento Peabody que me dijo:

—¿Por qué me hizo esto, hijo de perra?

—Muy fino, sargento. Muy fino.

Déjese de tonterías. Me dejó cinco muertos. El despojo que había detrás de la puerta también murió sin decir esta boca es mía.

—¿Y los cien mil dólares de la caja, sargento?

—¿Cómo sabe que había cien mil dólares?

—Me lo dijo uno antes de morir. El que tenía el pecho al aire.

Tuve que sonreír al director de un periódico que me estaba felicitando.

El sargento también sonrió para estar a la altura de las circunstancias, y me habló entre dientes:

—¿Qué fue lo que pasó, Murray?

—Me secuestraron.

—¿Por qué iban a secuestrar a un escarabajo como usted?

—Muy fino, sargento. Muy fino.

—Maldita sea, déjese de finuras y suelte la onda.

—Ahora no puedo, sargento. ¿No ve que estoy ocupado?

—Yo lo voy a ocupar más. Lo voy a detener.

—¿Detenerme el día de mi boda?

—¡Ya estoy harto del día de su boda!

Ingrid fue mi salvación. Se cogió alegremente de mi brazo.

—Vamos al hotel Olimpia, Steve.

Le di una palmada a Peabody.

—Querida, no te he presentado al sargento Peabody. Es el mejor amigo que tengo en la policía.

—¿Cómo está, sargento Peabody? —dijo Ingrid con la mayor inocencia—. Me alegro que haya venido.

Peabody forzó una sonrisa.

—Enhorabuena, señora Murray.

—Espero verle en la fiesta —sonrió Ingrid.

—No puede, Ingrid —me apresuré a decir—. Tiene mucho trabajo.

—Dejaré un poco del trabajo para verle a usted, digo a ustedes.

Hicimos el paseo triunfal a los acordes de la marcha nupcial.

La pelirroja seguía al lado de la columna.

Ella y yo nos miramos.

Ingrid me pegó un pellizco.

—¿Quién es, bígamo?

—¡Te digo que no lo sé!

—Ella te ha sonreído y tú le has sonreído a ella.

—Estoy sonriendo a todo el mundo, nena.

—En cuanto estemos a solas, me dirás quién es o me voy a casa de mis padres.

Todo eso lo decíamos sonriendo, saludando a uno y a otros. Un diálogo encantador para un hombre y una mujer que se acababan de casar. Mientras bajábamos la escalinata nos arrojaron arroz.

Llegamos al coche, una berlina negra con lazos blancos y flores blancas, el signo de la pureza.

Nuestros padrinos, David Collins y Emma, se metieron con nosotros. David me dio los billetes.

—Aquí tenéis los pasajes del avión para Miami.

Nuestro avión saldría al día siguiente.

Pasaríamos la primera noche en una *suite* del hotel Olimpia. Se lo

había pedido a Ingrid y ella dio su consentimiento. Pero ahora comprendí que era muy mala idea, malísima, teniendo en cuenta que yo estaba metido en un asunto con muchos cadáveres, y todavía ignoraba por qué se estaba muriendo tanta gente a mi alrededor.

Emma, la modelo amiga de Ingrid, se puso a llorar.

—Perdona, Ingrid, pero estoy emocionada —dijo.

Ingrid había sido también modelo. La había conocido durante el pase de una colección de verano, en que se exhibía con muy poca ropa, la suficiente para que yo le tomase las medidas. Y qué medidas, hermano. Me chifló desde el principio. Después de terminar el pase, la atrapé junto a la piscina y le dije: «Nena, está usted como un tren». Y ella me soltó un empujón y me arrojó a la piscina. Fue la mar de divertido.

La segunda vez la vi en un cóctel, después de que ella hubiese exhibido también una colección de verano. La encontré junto a una mesa y le dije: «Nena, he soñado contigo esta noche. Y ahora te voy a explicar el sueño». Cogió una ponchera y me la volcó en la cabeza. Resultó la mar de gracioso.

Me estropeó otros tres trajes en diversos restaurantes antes de que cayese en mis brazos. Fue una suerte para mí porque la cuenta de la tintorería estaba subiendo mucho.

Llegamos al hotel en donde se iba a celebrar el festejo.

Nos despedimos de David y de Emma.

Teníamos que cambiamos en la *suite*.

—No tardéis mucho. Los invitados llegarán enseguida —dijo David.

Y un cuerno no íbamos a tardar mucho.

Un botones nos acompañó haciendo muchas reverencias.

—Enhorabuena, señora. Felicitaciones, señor.

Le di un dólar para que se callase.

Subimos en el ascensor.

Ingrid y yo nos abrazamos.

Y el beso duró seis pisos.

Cuando se abrió la puerta varias personas que estaban en el corredor nos miraron con una sonrisa de comprensión.

Fuimos a la *suite* y abrí la puerta.

Y como era tradicional, cogí a Ingrid en brazos.

Mi corazón rugió.

Besé a Ingrid en los labios.

—Oh, Steve, me vas a estropear el traje.

—¿Para qué vas a necesitar el traje?

—Para guardarlo.

—Pues guárdalo ahora mismo.

La puse en el suelo.

—¿Te vas a desvestir aquí, Steve?

—Sí.

Yo lo haré en la alcoba.

—Iré por ti enseguida.

—Oh, no, Steve.

—Claro que iré por ti.

—Pero los invitados están esperando.

—¡Yo también he esperado!

Me sonrió con picardía.

Yo seguí rugiendo cuando ella desapareció en la alcoba.

Iba a quitarme el chaqué cuando se abrió la puerta y entró la pelirroja.

Di un respingo.

—Eh, oiga, no puede estar aquí.

Ella se humedeció los labios con la puntita de la lengua.

—Está usted muy bien. Su chica se ha llevado un pedazo de hombre.

—Gracias.

—Y se lo voy a tomar prestado.

—¿Cómo ha dicho?

—Que usted va a venir conmigo.

—Oh, no, señorita. Ahora no puedo —señalé la puerta tras la que se encontraba Ingrid—. Ella es mi mujer y acordé reunirme con ella ahí dentro.

La pelirroja abrió el bolso y sacó una pistolita.

—A usted no le gustaría que su mujer enviudase tan pronto, ¿verdad, señor Murray?

CAPÍTULO VI

—Eh, señorita —dije—. ¿Cómo debo llamarla? —Olga. Llámeme Olga.

—Pues escúcheme, Olga. Ahora no puedo atenderla. —Claro que puede.

—Es usted muy mona, pero debe ser comprensiva. —Soy comprensiva.

—Qué suerte para mí. Deme su número de teléfono y, en cuanto mi mujer me deje un momento libre, ya la estoy llamando.

—Va a venir conmigo ahora. —Dijo que era comprensiva.

—¡Eche a andar o disparo!

—¿Se atrevería?

Arqueó el dedo en el gatillo.

—Claro que me atrevería.

—Está bien. Allá voy.

—No intente nada o lo mato.

Hice una última sugerencia.

—¿Me permite que me despida de mi mujercita?

—No, señor. No se lo permito.

—Eso suponía.

Salimos de la habitación.

Era increíble, pero me estaba pasando a mí. Sí, hermano. Me estaba pasando todo aquello el día de mi boda. Y mi maravillosa Ingrid estaba en la alcoba, a la espera de que yo golpease la puerta y le dijese:

«Cu-cu».

Olga me advirtió en el corredor:

—Tendré la pistola en el bolso. Soy muy rápida, señor Murray. Le dispararé a quemarropa como trate de jugármela.

Pidió un ascensor y bajamos solos.

Alenté una esperanza. En el vestíbulo podríamos encontrarnos con el sargento Peabody. Sería estupendo, sensacional.

Había deseado muchas veces no encontrarme con el sargento Peabody, pero ahora lo quería ver y contra antes mejor.

Maldita sea, no nos encontramos con el sargento Peabody. ¿Por qué los policías nunca están donde deben estar?

El alcalde de la ciudad decía que había muy pocos policías para vigilar a tanta gente. Y yo le podía decir ahora al alcalde que no deberían dejar sueltas a las pelirrojas.

Salimos a la calle.

—¿Y ahora qué, Olga?

—A mi coche. Está en el aparcamiento.

Fuimos al aparcamiento.

—Usted conducirá, señor Murray. Y yo estaré a su lado para vigilarle.

Nos metimos en el coche y ella apoyó su pistolita en el muslo y me apuntó al hígado.

—En marcha, señor Murray.

Salimos del aparcamiento y la pelirroja me dijo por dónde debía ir.

Olga —rompí el silencio—, es posible que usted no me crea. Pero estoy metido en esto por casualidad.

—Ya.

—No sé lo que se está cocinando. Se lo juro.

—Ya.

—Soy una víctima de las circunstancias. Palabra.

—Ya.

—¿Es que no sabe decir otra cosa?

—Tuerza a la izquierda.

—Hombre, ya dijo otra cosa.

Corríamos hacia Beverly Hills, donde tienen su mansión los millonarios. ¿Cómo no lo había pensado antes? Olga tenía clase, además de tener tipo.

Hizo que metiese el coche por un portón.

El jardín era amplio y al fondo había una casa, con una piscina a la derecha.

El césped estaba bien cuidado y había muchas flores.

En la piscina había cuatro muñecas, también con mucho tipo y mucha clase.

Salté del coche y quise dirigirme hacia la piscina.

—Párese. Vamos a la casa —dijo Olga.

—Yo prefiero la piscina.

Sacó otra vez la pistola del bolso.

—Señor Murray, tiene que hablar con una persona muy importante.
—¿No lo podríamos dejar para después de la diversión en la piscina?

—Ha de hablar ahora. Entre en la casa. No podemos perder el tiempo.

Eché una última ojeada a las nenas de la piscina y entré en la casa seguido por Olga.

Un hombre nos salió al encuentro. Era elegante y alto.

—Señor Murray, ¿quiere acompañarme? Le esperan.

Miré a Olga y ella me sonrió, aunque seguía con la pistolita en la mano.

Había mucha educación allí. Y aposté a que me había metido en la crema del mundo del hampa. Sí, allí tenía que vivir uno de esos tipos podridos de millones que manejan las drogas y la trata de blancas a nivel mundial.

Entramos en una gran sala. Las paredes estaban cubiertas por estanterías llenas de libros.

Había un hombre junto a un gran ventanal. También él vestía con elegancia y fumaba un grueso cigarro. Era casi calvo, con mechones blancos por las orejas.

No oyó nuestros pasos porque estábamos caminando por una gruesa alfombra. Pero debió notar nuestra presencia, porque se volvió. Tenía la nariz aguileña y los ojos verdes.

Me examinó mientras daba una chupada al cigarro.

—Éste es Steve Murray, jefe —me presentó Olga.

—¿Cómo está, señor Murray?

—Muy mal. Acabo de celebrar mi boda y su pelirroja me secuestró.

—Cuánto lo siento, señor Murray. Pero cualquier hora es buena para prestar un servicio a nuestro país. Especialmente cuando de ese servicio dependen la vida de millones de personas.

—¿De quién me está hablando, amigo?

—Señor Murray, usted tiene la oportunidad de realizar algo para los Estados Unidos de América.

—Los hay cínicos.

—¿Cómo dice?

—Oiga, calvo, desde que le eché la primera mirada supe lo que es.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que soy?

—Usted es un jefazo de la Mafia o de la Cosa Nostra, o de cualquier

otra organización de ese tipo. De modo que deje de hablarme como si hubiese estudiado en Harvard.

—El caso es que estudié en Harvard.

—Oh, sí, y debe pertenecer a una gran familia.

—Estoy orgulloso de mi familia, señor Murray. Descendemos por línea directa de los peregrinos del *Myflower*.

—Pues su familia se echó a perder.

El hombre alto que me había dado la bienvenida carraspeó con suavidad.

—Señor Murray, me temo que se está equivocando.

El calvo lo interrumpió.

—Déjelo, Ernest. Resulta divertido que lo confundan a uno.

Le apunté con el dedo.

—Yo no me he confundido con usted.

—¿Le parezco uno de esos *gangsters* que dirigen una organización cuyos tentáculos llegan a los más remotos países del mundo?

—Sí.

—Quiero que vea mi cuadro de operaciones.

Tocó un botón de la mesa y se corrió la pared. Y ante mis ojos apareció un gran mapa de la Tierra. Allí estaban los cinco continentes. En muchos puntos había luces rojas y verdes. Y esos puntos estaban unidos por tubos de distintos colores.

—¿Qué le parece? —sonrió el calvo.

—Magnífico —le contesté—. Imagino lo que disfrutará viendo sus posesiones. Se creará el amo del mundo.

—Me entristece esa sensación. Se lo aseguro. No, señor Murray, no quisiera ser el amo del mundo. Resulta muy complicado.

Olga se echó a reír y el calvo le dirigió una mirada. Ella se quedó muy seria y se disculpó.

—Perdone, jefe.

—¿Nos sirves un *whisky*, Olga?

La pelirroja hizo un gesto afirmativo y se fue a un mueble-bar.

El calvo señaló el mapa.

—Señor Murray, dígame cuál es el punto más rojo que usted ve ahí.

—Es fácil de contestar. El punto más rojo es Los Angeles.

—Justo el lugar donde nos encontramos.

—No me dice nada nuevo. Me casé hoy en Los Angeles y todavía no he salido de Los Angeles porque Beverly Hills está demasiado cerca.

—Señor Murray, el hecho de que ese punto esté más rojo que los otros tiene un significado. Las luces de este mapa están sabiamente programadas. Hay un ordenador electrónico que nos pone en contacto con los cinco continentes que usted está observando en estos momentos... Naturalmente, el ordenador recibe informes de todo el mundo. El cerebro electrónico realiza un trabajo minucioso para calcular los riesgos y probabilidades. El resultado es que el propio ordenador señala los lugares de fricción.

—¿Lugares de fricción?

—Le explicaré qué quiere decir eso. Los lugares de fricción son aquellos puntos en donde es posible se produzca una catástrofe para todos los humanos.

Me eché a reír.

—Oiga, ¿qué comedia es ésta?

—Una comedia en la que usted ha asumido un papel de protagonista, señor Murray.

—Admito que es usted bueno. Sí, señor, todos ustedes lo son. Me traen aquí sacándome de la *suite* matrimonial donde me espera mi mujercita. Y me enseñan un mapa con bombillitas y tubos de varios colores. Y ahora me está soltando una conferencia sobre lugares de fricción.

—Tengo su ficha, señor Murray, y según los datos que en ella figuran es un hombre inteligente.

—Gracias.

—Y también ingenioso.

—Nuevamente gracias.

—Y poseedor de grandes reflejos.

Olga me alargó un vaso de *whisky*.

El calvo tomó otro vaso y lo alzó.

—Brindo por usted y porque encuentre la felicidad al lado de la mujer de su vida.

Era así de amable.

Bebimos un trago y el calvo sonrió.

—¿Qué le dijo Merriman, señor Murray?

Ya habíamos llegado al punto. Aquel tipo creía que me la iba a pegar. Me había dado una conferencia acerca de sus dominios y de lo poderoso que él era. Probablemente me encontraba ante el Mayor Canalla del Crimen Organizado. Y me había querido impresionar

con aquella historia del programador y los puntos de fricción. Y hasta me invitó a un vaso de *whisky* y brindó por nuestra felicidad. Por la de Ingrid y la mía. Pero ahora me hacía la misma pregunta que la Ballena.

Todos iban detrás de lo mismo.

A todos ellos les interesaba saber qué me había dicho Charles Merriman antes de que soltase el último estertor.

Yo también le sonreí y le dije:

—Antes de morir, Charles Merriman me dijo queso.

—¿Cómo?

—Queso.

—¿Está seguro?

—Sí, señor, estoy seguro.

—Ernest, incluye la palabra queso en el ordenador.

—Sí, señor.

Ernest pulsó unos cuantos botones.

El calvo estaba mirando el mapa. Pero allí no pasó nada.

Entonces se volvió hacia mí y dijo:

—Señor Murray, ha mentido. Merriman no le pudo decir queso.

Yo estaba cada vez más perplejo.

—¿Por qué no me pudo decir queso?

—Si Merriman le hubiese dicho queso, el punto de fricción de Los Angeles habría aumentado en intensidad. De modo que le haré otra vez la pregunta, señor Murray: ¿qué le dijo Merriman?

—¡No hay nada que contestar!

El calvo dio un suspiro.

—De acuerdo, Olga. Dile quién soy.

—Señor Murray —habló la pelirroja—. Él es William Jackson, jefe de los Servicios Estratégicos y de Seguridad del Departamento de Defensa del Gobierno de Estados Unidos de América.

CAPÍTULO VII

Eso había dicho la pelirroja. Que el calvo era William Jackson, un jefe del Gobierno.

Si creyeron que me habían impresionado, se equivocaban.

—Bien, señor Murray —dijo el llamado Jackson—. Ahora le exijo que diga la verdad.

—¿Con quién cree que está tratando, señor Jackson? ¿Con un labriego? Usted a mí 110 me engaña.

Ernest levantó los puños.

—Señor Jackson, solicito permiso para darle una paliza.

—Adelante, Ernest.

El mono me atacó y lo hizo a la manera japonesa pegando un grito y lanzándose sobre mí con las manos abiertas. Echó la pierna hacia delante para entrelazar las mías y hacerme caer. Pero yo también sabía todo lo hay que saber sobre luchas japonesas, de modo que contraataqué y fue Ernest el que empezó a caer. Y justo cuando se desplomaba le pegué con el filo de la mano en el costado.

Ernest se estrelló contra el suelo y se puso rojo porque se estaba ahogando.

—Basta, señor Murray —dijo Jackson.

Me iba a arrojar sobre él, pero Olga ya me estaba apuntando con su pistolita.

—Me estoy cansando de tu chisme, nena.

—Y usted nos está cansando a nosotros —me contestó la muñeca.

Jackson intervino:

—He querido que probase sus facultades ante Ernest, señor Murray. Quería saber si continúan siendo las mismas que constan en su prontuario.

Ernest se levantó renqueando y se dejó caer en un sillón.

—¿Te encuentras bien, Ernest?

—Sí, señor Jackson. Se me pasará enseguida.

Entró otro hombre tan alto como Ernest.

—Señor Jackson, hay noticias de la Casa Blanca. El secretario del Presidente ha anunciado que el Presidente le llamará a usted dentro

de quince minutos.

—Gracias, Burt.

Si todo aquello era una farsa, lo estaban haciendo muy bien. Pero yo empecé a tener mis dudas.

—Burt —dijo Jackson—, muestre al señor Murray los antecedentes.

—Sí, señor.

Jackson sonrió.

—Murray, va a saber usted por qué se ha visto envuelto en el programa Fantasía.

—¿Programa Fantasía?

—Es el nombre que le hemos dado a nivel gubernamental.

Jackson hizo chasquear los dedos hacia Burt y éste hizo un gesto afirmativo y tocó un botón. Apareció un proyector que se puso en marcha.

En la pared, sobre tina pantalla se reflejaba mi cara. Sí, ése era yo.

—Señor Murray —dijo Jackson—, no piense que es una fotografía de usted. Ese hombre se llama Frank Silvers y nunca ha pisado Los Angeles. Ha estado viviendo en Toronto, Canadá. Vivió allí hasta hace tres días en que encontró la muerte. Para decirlo con las palabras exactas, fue asesinado.

Cambió la fotografía y apareció un hombre tendido en el suelo, roto como un muñeco. Tenía varias heridas en el pecho y en el estómago. Vi su cara. Era otra vez la mía. Pero yo estaba vivo. Nadie me había agujereado como estaba agujereado él.

El corazón me golpeó contra las costillas. No, no estaba preparado para aquella sorpresa.

—Señor Murray —prosiguió Jackson—. Usted se preguntará por qué murió ese hombre que tanto se parece a usted, Frank Silvers. Yo se lo diré. Quizá usted sepa que hace unos meses unos sabios rusos descubrieron la antimateria... Concretamente, los físicos rusos lograron aislar el antihelio-3. Pero ese antihelio sólo les duró una millonésima de segundo. Lo que ocurrió fue que la antimateria se puso en contacto con la materia. Se produjo una colisión instantánea, una explosión aniquiladora de ambos, con la correspondiente producción de energía.

—Estoy enterado —asentí.

—Su socio, Frank Silvers, era un físico canadiense dedicado a ese género de experimentos en su laboratorio de Toronto. Y él

descubrió algo mucho más importante que lo descubierto por los físicos rusos. El anti-uranio-235. El hallazgo más impresionante que haya podido hacer el hombre y que probablemente pueda hacer en lo que queda de siglo. Usted se preguntará cuál es el efecto del antiuranio-235. Pero quiero que sea un sabio quien se lo diga. Adelante, Burt.

El llamado Burt manejó otro botón.

En la pantalla apareció un hombre de setenta años con barba de chivo y anteojos.

La película tenía banda sonora y oí la voz del sabio mientras movía los labios.

«—Si el hombre descubre el antiuranio-235, habremos llegado al final de la historia de la humanidad. Bastará la fricción de un gramo de antiuranio-235 con otra cantidad igual de uranio-235 para que la Tierra salte en pedazos. La explosión que se produciría sería el equivalente a un número de bombas de hidrógenos que, puestas una detrás de otra, podrían llegar desde Nueva York hasta el planeta Marte. También sería el final de nuestra galaxia. La explosión de la Tierra provocaría instantáneamente la explosión de nuestro Sol y, una millonésima de segundo después, la de los restantes planetas de nuestro sistema. Yo espero, sinceramente, que ningún ser humano consiga nunca aislar el antiuranio-235». Se interrumpió la proyección.

—Murray —dijo Jackson—. El doctor Harvey falló en sus cálculos. Frank Silvers consiguió aislar el antiuranio-235. Le asustó tanto su descubrimiento que intentó suicidarse, pero fracasó. Entonces hizo lo que tenía que hacer. Informar al Gobierno canadiense de su hallazgo. El Gobierno canadiense se puso en contacto con nuestro Gobierno. Y el presidente de Estados Unidos me encargó como jefe de los Servicios Estratégicos y de Seguridad del Departamento de Defensa que me ocupase de todo lo referente al descubrimiento del señor Silvers. Viajé inmediatamente a Toronto, pero cuando llegué era demasiado tarde. Habían matado a Frank Silvers.

—¿Dónde lo mataron?

—En su propio laboratorio.

—¿Quién?

—No lo sabemos.

—¿Y qué hay del antiuranio-235?

—Había desaparecido la fórmula. Y lo que era peor Había desaparecido la pequeña cápsula en donde Silvers había guardado el antiuránio-235 que consiguió.

—¿Dónde entra Merriman en juego?

—Charles Merriman, el actor, era amigo de la infancia de Frank Silvers. Vivía aquí en Los Angeles. Hemos sabido que Merriman recibió ayer un paquete procedente de Toronto. De modo que tenemos fundadas razones para suponer que ese paquete contenía el antiuranio-235 y la fórmula.

—¿Supone que el profesor Frank Silvers antes de morir le envió a Merriman el antiuranio-235 y la fórmula?

—Sí, señor Murray. Es lo que hemos supuesto y ojalá no nos equivoquemos.

—¿Por qué Merriman vino en mi busca?

—Ahí entramos en el terreno de la hipótesis. Vea si le gusta ésta, señor Murray. Usted se parecía a Frank Silvers. Merriman lo debió ver a usted en alguna parte. Quizá hoy mismo o anoche. Sabemos qué hacía más de seis años que no veía al profesor Silvers.

¿Qué pudo pensar Merriman al verlo a usted?

—Que yo era Frank Silvers.

—Exacto, señor Murray.

—Espere un momento. Yo salí esta mañana.

—¿Adónde fue?

—Era el día de mi matrimonio y decidí dar una vuelta por el parque, mi último paseo como hombre libre.

—Probablemente Merriman lo vio y decidió seguirlo.

—Pero a Charles Merriman lo estaban siguiendo y le pegaron la cuchillada antes de llegar a mi apartamento.

—A usted le hicieron prisionero. Lo sabemos por la policía.

—Me llevaron a presencia de un hombre muy gordo.

Jackson soltó una risita.

—Mark Sorrell, Burt.

Burt puso en marcha otra vez el proyector.

En la pantalla apareció la Ballena.

—Ahí lo tiene, señor Murray —habló Jackson—. Su verdadero nombre es Otto Neuman, nacido en Berlín en 1917. Mercenario y granuja. Siempre ha dispuesto de un harén. Era su *hobby*. Vivió durante la Segunda Guerra Mundial en Estambul. Allí tenía un

harén con cuarenta y cinco mujeres.

—Uno de sus hombres, Peter, me dijo que por encima de Mark Sorrell había otro. —Sí, lo hay.

—¿Sabe quién es?

—Muéstraselo, Burt.

En la pantalla desapareció la imagen de la Ballena y apareció un tipo elegante, de unos cuarenta y cinco años, a la cabecera de una larga mesa donde habían otros hombres. Se estaba celebrando un banquete.

Yo sabía quién era aquel tipo. Troy Fleming, uno de los hombres más ricos del mundo.

Tenía un rancho en Nevada. Y se decía de ese rancho que era la casa más suntuosa que cualquiera pudiese tener, incluido los jefes de Estado del Medio Oriente.

—Ahí lo tiene, Murray —dijo Jackson—. Troy Fleming. Nadie puede imaginar que es el hombre más malvado que existe en nuestro país. El fabuloso Al Capone a su lado era un pobrecillo. Fleming es dueño de un imperio industrial y está dispuesto a ser el dueño de algo más. De las voluntades de todos los seres humanos. Nos consta que quiere apoderarse del secreto de Frank Silvers. Sabe que, con esa arma en la mano, podrá chantajear a los Gobiernos del mundo, empezando por el nuestro. Sueña con el momento de ser el amo de la Tierra. Su imperio será absoluto y todos seremos sus servidores. Entonces habrá llegado el fin de la libertad. Conozco bien las doctrinas de Troy Fleming y sé que no permitirá la menor desviación de las directrices que él marque.

También estoy convencido de que fue un agente de Troy Fleming el que mató a Frank Silvers. Por fortuna, Silvers se adelantó a la posibilidad de que le robasen su descubrimiento o lo matasen. Tuvo que ser así. Debió enviar a Merriman la fórmula, así como la muestra del antiuranio-235. Alguien atrapó a Merriman, pero pudo escapar, aunque lo hizo mal herido. Y fue en busca de usted porque pensó que era Frank Silvers.

Hubo una pausa.

—Bien, señor Murray, ya le hemos explicado la historia. Sabemos que Merriman tuvo en su poder la fórmula y las muestras del antiuranio-235... ¿Qué le dijo él?

—Una cosa absurda, señor Jackson. Mermelada.

—¿Mermelada?

—Sí, señor Jackson, mermelada.

—¿Qué más?

—Eso fue todo.

—¡No es posible!

—Lo siento, señor Jackson, pero después de decir mermelada, Charles Merriman murió.

En aquel momento sonó uno de los teléfonos, el rojo.

Jackson descolgó:

—¿Señor Presidente...? Sí, señor, le escucho.

Me miró.

—Sí, está aquí, señor Presidente... Ya le he hablado del asunto. De momento, tenemos una pista muy débil, señor Presidente... ¿Qué cuál es la pista? —Tragó saliva—. Mermelada, señor Presidente... No, señor Presidente. No ha oído mal. Es justo lo que le dije. Mermelada... ¿Quiere usted hablar con él...?

Me alargó el teléfono.

—El Presidente quiere hablar con usted, señor Murray.

Las piernas me temblaron un poco mientras me acercaba al receptor.

—¿Señor Presidente? —tartamudeé.

—Hola, señor Murray... El señor Jackson le habrá explicado cuál es nuestra situación.

—Sí, señor Presidente.

—Espero que usted, como ciudadano de Estados Unidos, nos preste toda su ayuda.

—La tendrá, señor Presidente.

—Gracias, señor Murray. Quiero tener la esperanza de verlo por la Casa Blanca. Ah, me dijeron que se casó hoy.

—Sí, señor Presidente.

—Mi enhorabuena.

—Gracias, señor Presidente.

—Cuando venga por aquí, traiga a su esposa. Me encantará conocerla.

—Desde luego, señor Presidente.

—Espero que para entonces, el peligro que nos amenaza haya desaparecido. Creo que va a depender de usted en gran parte, señor Murray. Le deseo suerte, porque al propio tiempo se la deseo a

nuestro país y al mundo entero.

—Gracias, señor Presidente.

Colgaron a la otra parte y yo, como un sonámbulo, le devolví el receptor a Jackson.

Olga me alargó el vaso.

—Creo que le hace falta un trago, señor Murray.

Bebí de una sola vez el contenido.

Jackson tosió un poco y dijo:

—Bien, señor Murray. Ya sabe cuál es el juego. Hemos de atrapar la fórmula y la muestra del antiurano-235 antes que Troy Fleming. Es la carrera que hemos emprendido y que debemos ganar.

Hizo una pausa y luego agregó:

—Señor Murray, usted va a ser el doctor Frank Silvers.

CAPÍTULO VIII

William Jackson dijo aquello, que yo iba a ser el doctor Frank Silvers, y bebió un trago de *whisky*.

—Lo siento, señor Jackson —repuse—, pero yo no entiendo nada de física.

—Recordará algo de lo que ha estudiado.

—Sólo que la fórmula del agua es H₂O. Además, hay otra cosa, señor Jackson. Usted mismo ha dicho que Frank Silvers debió ser asesinado por un agente al servicio de Troy Fleming.

—He preferido ponerme en el peor de los casos para usted. Que Troy Fleming haya recibido la noticia de que Frank Silvers está muerto. Y si ahora Frank Silvers resucita, Fleming deducirá que fue engañado por su agente. Y ya no dará crédito al asesino, puesto que ese hombre estropeó su negocio. Al matar a Frank Silvers no consiguió lo que Fleming necesitaba, es decir la fórmula y la muestra del antiuranio-235.

—Suponga que doy mi consentimiento. Ya estoy metido en la piel de Frank Silvers, ¿qué cree que me va a pasar?

—No lo sé.

—Yo sí lo sé. Me volarán la cabeza. Adiós, señor Jackson. He tenido mucho gusto.

—¡No puede dejarnos en la estacada!

—Oiga, señor Jackson, usted es un hombre del Gobierno. Acaba de hablar con el Presidente. Tiene todos los medios a su alcance para luchar contra Troy Fleming.

—En primer lugar, no tenemos el antiuranio-235. Y si no lo tenemos nosotros, hay una posibilidad de que Troy Fleming nos aventaje. Es el riesgo que debemos eliminar. Necesitamos tiempo. Y si lanzamos al profesor Frank Silvers en el camino de Fleming, podemos dedicar todo nuestro esfuerzo a recuperar la fórmula y la muestra del antiuranio-235.

—Creo que ya sé lo que quiere, señor Jackson. Una liebre para que los galgos corran detrás.

—Sí, señor Murray.

—Y yo debo ser la liebre.

—Sí, señor Murray.

—Me admira su sinceridad, señor Jackson. ¡Pero yo no soy una liebre!

—Usted es un investigador privado. Estamos al corriente de lo que ha hecho desde que le concedieron la licencia. Se ha enfrentado con algunos casos difíciles y siempre los resolvió satisfactoriamente para sus clientes.

—Voy a continuar atendiendo a mis clientes.

—Usted habló con el Presidente, señor Murray.

Recordé las palabras del Presidente. Hasta me había invitado a la Casa Blanca con mi mujer. Pero entonces yo no sabía lo que Jackson me estaba preparando. Que me convirtiese en un muñeco del tiro al blanco.

—Señor Jackson, me he casado hoy. Mi mujercita me está esperando.

—Quisiera que diese su aprobación. En otro caso, tendríamos que hacerlo sin ella. —¿Quiere decir que le daría a Troy Fleming la pista de que Frank Silvers está vivo?

—Sí, señor Murray.

—¡Esto es un chantaje!

—Lo es. Y voy a agregar otra cosa. Si usted se niega a aceptar, me veré en la necesidad de pedir que le retiren su licencia como investigador privado.

Le enseñé mis dientes carniceros.

—¿Usan siempre los mismos procedimientos?

—Señor Murray, la misión que tengo confiada es una de las más difíciles. Mi cargo es ignorado por muchas personas. Existen puestos brillantes en la Administración cómo el de jefe del FBI o el de jefe de la CIA. Ellos gozan de un gran prestigio o de una estupenda publicidad. Yo, por el contrario, soy considerado por el Gobierno como el hombre que se mueve en las sombras. Y se supone que un hombre que trabaja en estas condiciones ha de echar mano a procedimientos que muchas veces no son ortodoxos.

—Ya conozco sus procedimientos, señor Jackson. Su pelirroja me trajo aquí a punta de pistola. No, no me guiñó un ojo y me dijo: «Anda, guapo ven a mi apartamento para que pasemos un ratito juntos».

—Usted se acaba de casar y no estaba para atender los guiños de una pelirroja... Bien, señor Murray, ¿qué elige?

—¿Elegir? ¡Usted ya eligió por mí! Tengo que ser Frank Silvers, lo quiera o no lo quiera.

Mi pregunta es la siguiente, señor Jackson: ¿qué diferencia hay entre una cosa y otra?

—Le protegeremos más si está con nosotros.

—¿A qué llama usted protección?

—Dos hombres estarán constantemente vigilandole.

—¿Quiénes?

—No se lo diré. —¿Por qué no?

—No quiero que eche mano de ellos. Se podría producir un fallo.

—Así que usted me tendrá localizado.

—En todo momento.

—Y esos dos hombres, mis vigilantes, me prestarán ayuda.

—La tendrá en cuanto la necesite.

—Está bien, señor Jackson. Acepto.

Me estrechó la mano.

—Gracias, señor Murray.

—¿Qué debo hacer?

—Regrese con su mujer y compórtese con naturalidad. El resto es cosa nuestra. Olga, ¿quieres llevarlo de nuevo a su hotel?

—Sí, jefe.

Ernest estaba en el sillón masajeándose el maxilar y me hizo un débil saludo de despedida.

Burt, en cambio, me sonrió.

—Espero volverlo a ver.

Lo dijo como si tuviese serias dudas.

Salí de la casa y Olga vino conmigo.

Encendí un cigarrillo cuando ya el coche estaba corriendo por la carretera.

Olga me miró de reojo.

—¿Preocupado?

—¡Claro que estoy preocupado! No veo a los dos agentes.

—Ellos no nos pierden de vista.

Miré por el espejo retrovisor.

—¡No hay ningún coche detrás de nosotros!

—Ellos están delante.

Delante de nosotros corrían cuatro coches.

—¿Quiere decir que uno de ellos es el de mis guardianes?

—Sí.

Me sentí un poco más tranquilo.

—¿Cómo se ha metido en esto, Olga?

—Me gusta.

—Debería estar en su casita atendiendo la cocina. —Ya habrá tiempo para eso cuando sea mujercita. Llegamos al hotel.

—Buena suerte, señor Murray.

—Lo mismo le deseo, Olga.

Subí en el ascensor y entré en la *suite* matrimonial. Ingrid estaba paseando como una tigresa.

—Hola, querida.

Se había detenido asombrada al verme llegar.

La fui a abrazar para darle un beso, pero ella me pegó un tirón y se desasió.

—¡No me toques!

—Cariño, soy yo, Steve Murray, tu maridito.

—¿Dónde estuviste?

—Fui a por tabaco. De pronto me di cuenta que no tenía.

Señaló dos paquetes de tabaco que había en la mesa del *living*.

—¿Y eso qué es?

—Caramba, no los había visto. Debió ser el nerviosismo.

—¿Y adónde fuiste a por el tabaco? ¿A Nueva York?

—Es que me encontré con un amigo. ¿Te he hablado de Paul Dysart? No lo veía desde hace diez años... Un gran chico... Tuvo mala suerte. A su padre lo atropelló un automóvil hace dos días... Tú sabes cómo son estas cosas, Ingrid... El muchacho estaba deshecho...

El rostro de Ingrid se fue dulcificando.

—Oh, Steve, perdona que haya dudado de ti.

—¿Dudado?

—Pensé que te habías largado con la pelirroja.

—¿Qué pelirroja? —dije con mi aire más ingenuo.

—¡La que estaba en la iglesia!

—Oh, no, ¿por qué me iba yo a fugar con ella si tengo aquí a la mujer más maravillosa del mundo?

Me ofreció sus labios y yo los besé.

En aquel momento se abrió bruscamente la puerta y yo grité:

—¡No dispare!

Vi a David Collins.

—Eh, chicos, ¿qué infiernos estáis haciendo aquí?

—¿A ti qué te importa? —rezongué.

—Os estamos esperando desde hace un rato.

—En seguida bajamos.

—No tardéis, muchachos.

David Collins salió de la *suite*. Me había dado un gran susto. Pensé qué ya estaban allí los agentes de Troy Fleming, listos para matar por segunda vez a Frank Silvers. Y yo era ahora Frank Silvers. ¿O no habría tenido tiempo el señor Jackson para indicar a los galgos que iniciasen la carrera en persecución de la liebre?

Mientras besaba a Ingrid pensé que sería preferible que se lo contase. Total, era sencillo: «Mira, nena, vamos a tener una luna de miel un poco accidentada. Cincuenta o sesenta hombres van a tratar de liquidarme. Es posible que lo hagan con pistolas, con metralletas o con bombas. Pero no debemos preocuparnos. Lo importante es que estemos juntos».

No, no le podía decir eso, y no se lo dije.

Al diablo con Jackson. Al diablo con el antiuranio-235. Tenía entre mis brazos a mi mujercita.

—Cariño —dije con mis labios pegados a los suyos.

—Dime, amor.

—No tengo ganas de bajar.

—Ya has oído a David. Nos están esperando.

—Que esperen todo lo que quieran.

En aquel momento aporrearon la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Ingrid.

—Soy Emma. Estamos esperando.

—Está bien, Emma. Ahora vamos.

Ingrid dio un suspiro.

—Vamos, Steve.

—Sí, Ingrid.

No teníamos más remedio que ir a nuestra fiesta. Yo había dispuesto de unos minutos preciosos, pero el miserable de William Jackson me los había robado.

Nos hicieron un gran recibimiento en la sala donde se celebraba la

boda.

Ingrid fue besuqueada y yo fui abrazado.

Abrimos el baile Ingrid y yo. Y por unos instantes me sentí sólo con ella, a pesar de que estaba muy acompañado.

Luego ocurrió lo de siempre. Que mis amigos me quitaron a mi mujercita para bailar con ella. Y yo estuve bailando con Emma, con Peggy, con Betty...

Me libré por unos momentos de la compañía y me serví una copa de champaña.

Un hombre vino sonriente a mi lado. Pensé que sería un amigo de Emma. En las bodas hay gente amiga por parte del novio y gente amiga por parte de la novia. Ingrid había sido modelo y era lógico que conociese a muchas personas que yo no había visto en mi vida.

—¿Satisfecho, señor Murray?

—Desde luego.

—Lo celebro mucho. Vendrá conmigo.

—¿Con usted?

—Sí. Alguien quiere hablar con usted, señor Murray. Mi jefe.

—Lo siento. No puedo ir a hablar con nadie.

—Usted vendrá conmigo, señor Murray. Estoy seguro de que vendrá.

—¿Por qué está tan seguro?

—Tengo un compañero, ¿sabe? Se llama Alberto Dalton. Es un tipo muy original. Imagínese que emplea el ácido para hacer daño a las personas. Él está en su fiesta, señor Murray. Y tiene una botellita de ácido. Y me ha dicho que si usted no viene conmigo, le arrojará el ácido a la señora Murray.

CAPÍTULO IX

Sentí deseos de atrapar a aquel fulano por el cuello.

El me miraba con sus ojos saltones y sonreía al mismo tiempo.

—Ya sé lo que está pensando, señor Murray. Quisiera estrangularme.

—Acertó.

—Me gusta leer el pensamiento de los demás. Por eso sigo viviendo.

—No cante victoria. Quizá no viva mucho.

—¿Va a venir, señor Murray? ¿O prefiere que mi amigo haga su exhibición con el ácido en la cara de su mujercita?

—Iré con usted.

—Entonces sonría como si fuésemos viejos amigos.

Sonreí, pero no debió gustarle.

—Así no, señor Murray. Recuerde que está celebrando la fiesta de su boda.

Me cogió del brazo y me impulsó suavemente.

Ingrid estaba bailando con David y se reía alborozada. Me hizo un saludo con la mano y yo le correspondí con otro saludo.

Salimos del salón. Mientras cruzábamos el vestíbulo estuve tentado de librarme de aquel tipo, pero pensé en su amenaza. Ingrid tenía un rostro muy hermoso y no me gustaría nada verla llena de cicatrices.

Llegamos a la calle.

Un coche se acercó rápidamente al bordillo. Se abrió una portezuela. Dentro había una mujer. Me senté a su lado y el fulano entró a continuación.

La mujer era rubia platino, de unos veintisiete o veintiocho años, atractiva, con grandes ojos azules.

—Enhorabuena, señor Murray. Me dijeron que se casó.

—Empiezo a dudar de que me haya casado. Me han dejado muy poco tiempo libre con mi mujer.

Se abrió la puerta delantera y entró un hombre que debía ser el compañero del que me había capturado, Albert, el aficionado a arrojar ácido en la cara de las personas.

El conductor, que llevaba uniforme, sumergió el coche en el tráfico.

—¿Cómo debo llamarla? —pregunté a la rubia platino.

—Judy.

—¿Judy qué más?

—Para usted, sólo Judy.

—Muy bien, Judy. He venido porque no quise que convirtiesen la cara de mi mujer en queso Gruyere.

—No me importa por qué lo haya hecho. Lo importante es que está aquí.

—Lo que quiero decir es que se equivoca conmigo, Judy.

—¿Respecto a qué?

—No sé nada de lo que busca.

—¿Sabe ya lo que busco?

—No se haga de nuevas. Me metieron en un lío. Un hombre gordo, Mark Sorrell, me quiso apretar las clavijas.

—Pobre, Mark.

—¿Algún familiar de usted?

—Mi marido.

—Acepte mi pésame.

—No sea bobito. Tenía ganas de que alguien me librara de Mark. Era insoportable. De modo que le estoy muy agradecida.

—No hay de qué, Judy. Ya sabe dónde me tiene. Si alguna vez se casa y quiere enviudar otra vez, no tiene más que decirlo. Yo hago estas cosas por los amigos.

—Va a hacer algo más.

—¿Qué cosa?

—Me dará la fórmula.

—¿A qué fórmula se refiere, Judy?

—Señor Murray, sabemos dónde estuvo mientras dejó a su mujercita a solas en el hotel.

—Fui a comprar tabaco.

—No sea estúpido. Estuvo con el señor Jackson.

—¿Quién es Jackson?

—William Jackson, jefe de los Servicios Estratégicos y de Seguridad del Departamento de Defensa.

Sentí que se me encogían los calcetines. Maldije a Jackson como una docena de veces. De modo que Jackson era el hombre que se movía en las sombras. ¡Y un cuerno! La hermosa rubia platino, y sus

dos amigos, y el chófer uniformado estaban al corriente de que yo me había reunido con William Jackson.

La rubia platino soltó una risita interrumpiendo mis pensamientos.

—Imagino que el señor Jackson le ha puesto al corriente de los detalles.

—¿Qué detalles?

—Es inútil que siga fingiendo, señor Murray. Está metido en esto más de lo que supone. Y yo conozco los planes de Jackson.

—¿Ah, sí?

—Quiere hacerlo pasar por Frank Silvers.

—¿Cómo sabe eso?

—Usted se parece mucho a Silvers y uno de los hombres que está aquí mató a Silvers.

Miré al tipo que me había sacado de la fiesta y él movió la cabeza en sentido negativo y señaló con el dedo al especialista en ácidos. Éste volvió la cara y lo pude ver por primera vez. Tenía cara de rasgos caballunos y mirada triste.

—Fui yo, señor Murray. No tuve más remedio que hacerlo. Yo sólo quería amenazarlo para que me soltase la fórmula. Pero Silvers tiró del cajón y sacó un arma. Tuve que defenderme.

—Calla, estúpido —dijo Judy.

—Judy, te juro que fue sin querer.

—¿Cierras el pico de una vez?

—Sí, Judy. Estaré callado.

Bien, ya estaba en poder de los asesinos de Frank Silvers.

Judy me puso una mano en la rodilla y me la apretó suavemente.

—Usted será Frank Silvers.

—¿Cómo dice?

—Que le voy a seguir el juego al señor Jackson. Si Troy Fleming se enterase de que hemos matado a Silvers sin haber conseguido la fórmula, acabaría con todos nosotros incluyéndome a mí.

—Pues yo no lo iba a sentir.

—No me importa su opinión con respecto al asunto, señor Murray. Usted será Frank Silvers para todos nosotros. ¿De acuerdo, señor Murray?

—Ni hablar. No estoy de acuerdo.

—Será mejor que lo esté.

—Ande, máteme si quiere.

—No ganaríamos nada con matarlo.

—Ya lo sé, y por eso la desafío.

—Pero le podemos hacer daño a su mujercita.

—¡No la nombre!

—Lo siento, señor Murray, pero, si nos obliga, su querida Ingrid irá derechita a la Morgue.

No podía discutir eso.

—De acuerdo, Judy. Yo soy Frank Silvers. ¿Qué ganará con eso?

—Hablará con Troy Fleming.

—¿Quiere decir que me va a llevar a su rancho de Nevada?

—No, Fleming tiene aquí una casa, como en las principales ciudades del mundo. No le gustan los hoteles.

—Veamos si lo entiendo. Usted me presenta a Troy Fleming como Frank Silvers.

—Sí.

—Y por tanto, yo tengo la fórmula del antiurano-235.

—Lo ha entendido muy bien.

—¡Yo no tengo la fórmula! ¡No sé una palabra de eso! ¡Me niego a cooperar!

Judy abrió el bolso. Creí que iba a sacar una pistola, pero lo que sacó fueron unos papeles.

—Estudie eso, Murray.

—¿Qué es?

—Parte del desarrollo de los experimentos del doctor Silvers.

Vi números algebraicos, raíces cuadradas y cúbicas. Era un galimatías de números y de letras. Y para hacerlo más enrevesado, había fórmulas químicas.

—¿Y usted espera que yo me aprenda esto, Judy?

—Tiene que estudiársela antes de que lleguemos a la casa.

—¡Esto no lo aprendería yo ni en una semana!

—Tendrá que aprenderlo ahora porque con la entrega de usted a Troy Fleming cobraré medio millón de dólares.

—Tendrá que devolver el medio millón al señor Fleming cuando él descubra que yo no soy Frank Silvers.

—Estaré muy lejos cuando eso ocurra.

—Así que, de lo que se trata es de que usted me entregue como Frank Silvers, cobra el dinero y se larga con sus amiguetes.

—Lo entendió muy bien.

—Y a mí me deja en la estacada. Cuando Fleming se entere de que yo no soy Silvers, adiós mi pescuezo.

—¿No le prometió Jackson que lo salvaguardarían? ¿Que sus hombres estarían prestos para echarle una mano?

Me pregunté otra vez cómo había podido saber eso. Sólo obtuve una respuesta.

Alguien que estaba muy cerca de Jackson le traicionaba. ¿Ernest? ¿Burt? ¿Olga?

Infiernos, ¿qué importaba quien fuese?

Entramos en otra gran casa a la que se llegaba por un portón, y corrimos por un camino bordeado con setos y muchas flores. También tenía piscina y dos pistas de tenis.

Bajamos del coche y Judy se colgó de mi brazo.

—Ya nos están vigilando, señor Silvers —dijo con una sonrisa.

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Sonreír?

—Yo he conseguido que usted haya venido voluntariamente.

—¿Y cómo lo ha conseguido?

—Con mis encantos.

—De modo que me ha seducido.

—¿No cree que valgo la pena?

Era hermosa. Tenía un cuerpo sinuoso.

Sus dos asesinos vinieron con nosotros. Sólo quedó en el coche el chófer uniformado.

Un hombre nos estaba esperando en la puerta.

—Señor Silvers —dijo Judy—, le presento a Leslie Travers, el secretario del señor Fleming.

Aquel hombre me estrechó la mano.

—Celebro conocerle, doctor Silvers. Es usted toda una personalidad en el mundo científico y su hallazgo es realmente valioso. ¿Quiere acompañarme? El señor Fleming lo está esperando.

Fuimos a un gran salón y allí estaba el hombre que quería ser el amo de la Humanidad. Vino a mi encuentro con una sonrisa en los labios. Su cara era la misma que había visto en la fotografía que me exhibió Jackson.

—Señor Silvers, es un gran honor para mí.

—También lo es para mí.

Nos estrechamos la mano. Y luego Fleming reparó en Judy.

—Estás más atractiva que nunca, querida.

Le besó la mano.

—Querido, el doctor Silvers ha hecho un viaje agotador. Quiere descansar durante unos minutos.

—Comprendo.

Yo tenía que hacerle el juego a Judy. No, no le podía decir a Troy: «Señor Fleming, le están engañando Yo no soy Frank Silvers».

Y tenía que dar tiempo a que los hombres de Jackson me sacaran de aquel avispero. Era lógico pensar que hubiesen venido detrás de nosotros y que, por tanto, ya supiesen que estaba en la casa de Fleming. Pero me quedé helado al recordar que Jackson tenía un traidor a su lado. ¿Y si ese traidor se las había arreglado para quitarse de encima a los guardaespaldas que Jackson me había destinado? De todas formas, lo mejor era hacerse humo.

Troy llamó a un criado y éste me pidió que lo acompañase.

Me despedí de Troy.

—Lo veré dentro de un rato, doctor.

Judy me dirigió una sonrisa.

Ella iba a hacer ahora su negocio con Fleming. Cobrar su medio millón y largarse. Y yo me quedaría en la cueva.

El criado me acompañó a una alcoba. ¿Y si intentaba escapar? Demonios. Eso sería bueno. Largarme antes de que Fleming me volviese a ver.

Intenté abrir la ventana, pero había detrás una reja.

No tenía escape. Yo era un prisionero.

CAPÍTULO X

Estaba tendido en la cama, fumando un cigarrillo.

Y pensaba en Ingrid.

¿Qué le diría la próxima vez que la viese? ¿Que había ido a por fósforos? Mi pobre mujercita estaba teniendo una fiesta de boda bastante extraña.

¿Por qué infiernos había tenido que morir Merriman en mi apartamento?

Oh, sí, lo había dicho Jackson, porque me confundió con Frank Silvers.

Prometí no comer mermelada en el resto de mi vida. ¿Cuánto sería el resto de mi vida?

¿Una hora? ¿Dos? ¿O tan sólo minutos?

Si Troy Fleming llegaba a informarse de que yo no era Silvers, sería un hombre muerto.

Demonios. Yo estaba perdiendo el tiempo.

Saqué los papeles que me había dado Judy. Y empecé a meterme aquellas fórmulas y aquellos números en la cabeza.

Al cabo de un rato salté de la cama y me puse a pasear mientras seguía mi trabajo de grabar en el cerebro aquel galimatías.

Oí que en la puerta giraba la llave.

Apareció el secretario de Fleming.

—¿Ha descansado ya, señor Silvers?

—No.

—El señor Fleming le espera.

—Es que tengo una fuerte jaqueca.

—El señor Fleming será breve. Por favor, venga conmigo.

Salí de la habitación y fui con Leslie Travers.

Fuimos al mismo salón de antes, pero ya no estaba allí Judy. Imaginé a la rubia platino huyendo como un diablo con su medio millón de dólares.

Pero pensé que si Troy Fleming descubría que ella lo había engañado no habría sitio en el mundo, por muy lejano que estuviese, donde se pudiese esconder.

Fleming estaba sentado tras de una larga mesa.

—Siéntese, señor Silvers.

Me señaló un sillón de alto respaldo.

Ocupé el sillón y sentí el efecto de que allí me iban a asar con una corriente de un millón de voltios.

—Judy me ha dicho que usted está conforme con el trato.

La maldita Judy no me había dicho nada a ese respecto.

—Dependerá —dije.

Fleming enarcó las cejas.

—No irá a subir ahora el precio.

Tragué saliva.

—Usted sabe el valor de lo que yo he conseguido, señor Fleming.

—Un millón de dólares es un buen precio —sonrió—. Creo que le compensará todos los esfuerzos que usted ha realizado.

—No, señor Fleming, no los compensaré.

—¿Quiere decir que aumenta su precio?

—Sí.

—No me gusta eso, señor Silvers. Usted dio la conformidad a Judy.

—Pero ahora he pensado subir.

—¿Cuánto quiere, señor Silvers?

—Diez millones.

—¿Cuánto ha dicho?

—Diez millones de dólares, señor Fleming.

—Espero que esté bromeando.

—No, señor Fleming. Yo no bromeo. Mi descubrimiento vale más de diez millones de dólares. Pero se lo dejaré en diez.

—¿Por qué no me dijo Judy que usted trataría de sacarme más dinero?

—Sencillamente porque yo no le advertí a Judy sobre el particular. Es usted el que va a lograr las mayores ventajas, señor Fleming.

—Mis fines son humanitarios.

—Explíquemelos.

—Conseguiré que el mundo viva feliz.

—¿De qué forma, señor Silvers?

—Tendré que ser escuchado por todos los Gobiernos.

—¿Y qué quiere conseguir de los Gobiernos?

—Ellos me obedecerán.

—Hasta ahora no me ha dicho nada.

—Se lo he dicho todo, señor Fleming. Me preocupa la felicidad de los ciudadanos del mundo. Observe las diferencias que hay entre las naciones. Unas son ricas y otras son pobres. Yo repartiré la riqueza entre todos. Pero sólo tendrán derecho a vivir los más aptos. En el mundo futuro no habrá lugar para las personas que se encuentren en situación de inferioridad.

—¿Se refiere a que acabará con los cojos y con los mancos?

—Sí, señor Silvers.

—¿Con los subnormales?

—También. En el mundo habrá sólo belleza. Todo lo feo será aniquilado.

—¿Y quién va a establecer lo que es bello y lo que es feo?

—Yo, señor Fleming.

Jackson tenía razón. Aquel tipo era un loco peligroso. Era preciso acabar con él. Lástima que el día de mi boda no llevase yo pistola. Ahora mismo le habría metido un par de balas en la cabeza.

—Tendrá los diez millones, señor Silvers.

Ya me había dado lo que le pedía.

—Y ahora, doctor Silvers, quiero la fórmula del antiuranio-235.

—No se la daré hasta que tenga el dinero.

—Le extenderé un cheque.

—Nada de cheques. En efectivo.

—Señor Silvers, ¿cómo quiere que le pague diez millones de dólares en efectivo? A usted le conviene cobrar con un cheque y enviarlo a algún país, como por ejemplo Suiza.

O mejor aún. Haré una transferencia a una cuenta cifrada, de la cual usted será el titular.

Puedo telefonear ahora mismo a mi agente de Zurich para hacer la operación.

—No, señor Fleming, quiero los diez millones en efectivo.

Era un intento por mi parte de demorar el fin porque yo, naturalmente, no le podía dar ninguna fórmula del antiuranio-235. Fleming miró a su secretario.

—Leslie, ¿podemos disponer de esos diez millones?

—Sí, señor. Cabrán en un par de maletas.

—¿Cuánto tiempo necesitas para traer los diez millones?

—Una hora.

—De acuerdo, señor Silvers. Espere en su habitación.

—Perdone, señor Fleming, pero me gustaría pasear por su jardín.

—No, señor Silvers, no quiero que pasee por el jardín.

—¿Por qué no?

—Me interesa mucho su seguridad.

—¿No cree que voy a estar seguro en su jardín?

—Lo estará más en su habitación. Y allí permanecerá.

Sólo había una solución. Abrirse paso como fuese.

En aquel momento aparecieron dos hombres en la puerta de una terraza. Vestían de oscuro y tenían cara de matones.

—John y Alex lo vigilarán, doctor Silvers —les habló a ellos—.

¿Quieren acompañar al doctor a su habitación? Quédense en la puerta y no le permitan salir bajo ningún concepto.

Yo protesté.

—Señor Fleming, me está tratando como a un prisionero.

—No, señor Silvers, es usted mi invitado. Y nunca tuve un invitado que valiese diez millones de dólares. Yo he comprado la mercancía que tiene usted en su mente y debo cuidarla.

Los dos hombres se dirigieron hacia mí y el más alto dijo:

—¿Vamos, doctor Silvers?

Me levanté del sillón.

Fleming me sonrió.

—Dentro de una hora usted tendrá los diez millones de dólares y yo tendré su secreto.

Uno de los hombres me cogió del brazo, pero me libré de él y eché a andar.

Los dos matones vinieron conmigo.

Era inútil escapar. Aquellos tipos me habrían cazado enseguida.

Volví a mi habitación y otra vez cerraron la puerta con llave.

Vi un teléfono en la mesilla de noche.

Descolgué, pero no podía ponerme en contacto con nadie por la sencilla razón de que el teléfono estaba desconectado.

De nuevo paseé de una pared a otra.

Finalmente me puse junto a la puerta y empecé a soltar gemidos.

—¡Por favor, me encuentro mal! ¡Mi estómago!... ¡Abran! ¡Debe ser una perforación! ¡Socorro!

Abrieron la puerta.

Yo estaba preparado. Tenía que estarlo. De lo que pasase allí dependía que Ingrid enviudase antes de que llegase su noche de

bodas.

Atrapé una pierna y tiré con fuerza.

Tuve éxito. El tipo se derrumbó.

El otro se inclinó para romperme la crisma, pero le metí el puño en las narices.

Me iba a escapar, pero el tipo que había caído se lanzó sobre mí.

Los dos caímos en el corredor.

El matón ya tenía la pistola en la mano. Le pegué en la muñeca. Le obligué a soltar el arma y me apoderé de ella.

El otro fulano apareció en el hueco con una «Luger».

Yo hice rugir la mía.

El tipo se marchó casi partido por la mitad.

El otro me estaba mirando asombrado.

Le pegué con el cañón entre los ojos y lo tumbé sin conocimiento.

Eché a correr y bajé los peldaños de dos en dos.

Un tipo apareció por detrás de una columna.

Apreté el gatillo y el fulano se quedó sin media cara.

Salí de la casa corriendo.

Había dos automóviles junto a la cochera. Uno de ellos era un deportivo. Me metí en él y lo puse en marcha.

El portón se estaba cerrando, pero todavía había un hueco y por él escapó el «Jaguar».

Al fin era libre. Y esta vez ni Jackson ni cien mil Jackson me obligarían a seguir en el asunto.

Llegué al hotel Olimpia, donde se estaba celebrando mi fiesta, y abandoné el coche. Ingrid estaba bailando con David.

Ella me sonrió.

—Oh, Steve, ¿por qué no me traes una copa de champaña?

—Sí, querida. Ahora mismo te traigo la copa de champaña.

—No he parado de bailar con unos y otros. ¿Con quién has bailado tú?

Ingrid me preguntaba con quién había bailado yo. Mientras le entregaba la copa de champaña, dijo:

—Eres un pillo, Steve. Te he perdido de vista durante un buen rato.

Consulté mi reloj. Debía haber estado fuera durante una hora.

Pero se podían hacer muchas cosas en sesenta minutos. Como por ejemplo, caer en manos de una hermosa rubia platino, que era secundada por dos asesinos. Y visitar en su casa de Los Angeles a

uno de los hombres más poderosos del mundo. Y estar encerrado en una habitación. Y discutir una operación por diez millones de dólares. Y matar a tres tipos a pistoletazo limpio.

Bebí una copa de champaña. Me la había ganado.

Bailé con dos amigas de Ingrid. Y por fin pude atrapar a mi mujercita.

—Hola, querida.

—El mundo es maravilloso, Steve.

Recordé todo lo que me estaba pasando y asentí.

—Sí, muy maravilloso.

Alguien me golpeó en la espalda. Quería bailar con mi mujercita. Se la cedí.

Y cuando Ingrid se marchó me quedé asombrado porque el bailarín era Ernest, el matón de Jackson.

Y entonces oí una voz.

—¿Cómo está pasando su fiesta de esponsales, señor Murray?

Era Jackson. El mismísimo William Jackson.

—¿Qué hace aquí, señor Jackson?

—Lo necesitamos, señor Murray.

CAPÍTULO XI

Me llevé a Jackson hacia una mesa.

—Con que yo iba a tener dos guardaespaldas.

—Fallaron.

—¿Sabe que estuve encerrado en la casa de Troy Fleming?

—¿Vio a Troy Fleming?

—Claro que lo vi. Le pedí diez millones de dólares a cambio de mi fórmula. Quiero decir a cambio de la fórmula de Frank Silvers. ¡Ya no sé quién soy! Y para que usted no se equivoque, le diré que me llamo Steve Murray, que me he casado hoy y que no quiero meterme en más líos. ¡No, no contarán conmigo, aunque el presidente cancele mi invitación a la Casa Blanca!

—Lo siento.

—¿Usted lo siente? ¡Tuve que matar a tres hombres en la casa de Fleming para escapar! Y por si no lo sabe, tiene a su lado a un traidor.

—Ya lo sé.

—¿Que ya lo sabe?

—Sí.

—¿Ya lo cazaron?

—No.

—Entiendo, lo metió en la cárcel.

—No, está ahí comiendo bocadillos —me señaló a Burt que comía a dos carrillos.

—¡Maldita sea; es un traidor y está comiendo en mi fiesta!

—Y beberá también.

—Le voy a hacer tragar la mesa.

—No, usted no hará nada, Murray.

—¿Defiende a Burt?

—No, le estoy dando cuerda.

—¿Para qué? No sé por qué lo pregunto. ¡Para que él me ahorque!

—No, Murray, Burt será quien se ahorque, y de paso también ahorcará a Troy Fleming.

—Usted no podrá con Fleming, Jackson. El tiene ideas muy claras

acerca de lo que va a hacer con la Humanidad. ¿Padece algún defecto, señor Jackson? ¿Puede mover bien los brazos, las piernas?

—La pierna izquierda me cojea un poco porque tengo un quiste en el muslo, aunque no tiene importancia.

—Con que no tiene importancia, ¿eh? Pues está listo. Troy se lo cargará por no andar bien. Sí, señor. Se lo cargará por no estar completo. Va a dejar solamente a los guapos.

Por lo menos viviremos Ingrid y yo. Pero lo que es usted, despidase.

—Me gusta su sentido del humor.

—Y yo celebro que le guste. ¡Hasta la vista!

Me fui a marchar, pero Jackson me asió del brazo.

—Admito que tuvimos un descuido con usted. Pero ya no volverá a ocurrir.

—¡Claro que no volverá a ocurrir! ¡Ustedes no me van a utilizar!

—Sólo lo utilizaremos con una hermosa mujer.

—Claro, con la mía.

—Con ésta —dijo Jackson y me mostró una fotografía. Demonios, era una joven en bikini, que podría tener veintitrés o veinticuatro años, uno de esos ejemplares que provoca la admiración y los silbidos, en la calle.

—¿Una nueva treta, Jackson?

—Es la mujer con la que usted se va a ver dentro de quince minutos.

—¡Ni hablar! Yo soy un hombre casado y hace tan sólo un rato prometí fidelidad a la señora Murray.

—Ella era un amor secreto del profesor Silvers.

—¿Un amor secreto y ustedes lo sabían?

—Lo acabamos de saber.

—¡Pues yo no quiero saber nada!

—Silvers venía a verla un par de veces al mes... Se llama Verónica Huston.

—Por mí, puede llamarse Tiburcia.

—Y Verónica Huston ignora que Silvers ha muerto.

—Pues lo va a seguir ignorando si no se lo dicen ustedes.

—Nadie se lo va a decir. Usted irá a ver a Verónica.

—¡Ni hablar! Yo me quedo en mi fiesta y luego me iré con mi mujercita a la *suite* que tenemos alquilada en este hotel. Y pondré un cartel en la puerta que diga: «No molestar».

Y para usted, señor Jackson, es como si yo ahora tuviese puesto el cartel en el cuello.

Jackson dio un suspiro.

—Como quiera, señor Murray. No le puedo obligar a que salve a la Humanidad... No, nadie le puede obligar a que nos ayude a impedir que Troy Fleming consiga la fórmula del antiuranio-235...

—¿Piensa que Verónica Huston me dará una pista sobre la fórmula?
¡No, no le he preguntado nada!

—Sí, señor Murray. Es posible que Verónica Huston nos de la definitiva pista.

—¡Le he dicho que no le he preguntado nada!

—Verónica Huston vive muy cerca de aquí. Tan sólo le llevará diez minutos en auto. Puede estar con ella quince minutos y, sumando otros diez para regresar, estará ausente de su fiesta media hora.

—¡Ya estuve ausente mucho tiempo!

—Su mujer se está divirtiendo.

—Claro que se está divirtiendo. Con los demás. ¡Y ahora quiero que se divierta conmigo!

—Si nos prestase esta ayuda, es posible que dentro de un rato tuviésemos la fórmula en nuestro poder. Y no lo volveríamos a molestar... Si no nos echa una mano ahora, ¿qué clase de noche de bodas va a pasar?

—Muy buena. Se lo aseguro. Muy buena.

—¿No le remorderá la conciencia? ¿No pensará en los niños que morirán por su causa? Usted también tendrá hijos, señor Murray. ¿Qué mundo les va a legar a ellos si consiente que Troy Fleming se salga con la suya?

Cerré los ojos y los volví a abrir.

—¿Cuál es la dirección de Verónica Huston?

—Avenida Jefferson, 334, planta octava, apartamento C.

Eché a andar.

El coche deportivo estaba en el mismo sitio que lo había dejado.

Corrí hacia la calle Jefferson. El número 334 era un edificio muy moderno.

Subí en el ascensor hasta la octava planta y toqué el timbre del apartamento C.

Me abrió ella y me dejó sin respiración porque se cubría con una bata que la ceñía como una vaina.

—¡Frank! —sonrió y me echó los brazos al cuello.

Y en la siguiente fracción de segundo ya me estaba besando en la boca.

—Entra, Frank.

Yo estaba como sonámbulo.

Entré en el apartamento. Estaba bien decorado.

—Qué sorpresa, Frank. No te esperaba hasta el sábado.

—Tuve un rato libre y me dije: «¿Por qué no vas a ver a tu amorcito?». —¿Qué te pasa en la voz?

—¿Mi voz? Oh, sí, estoy un poco resfriado. —Cariño, ¿qué te preparo?

—Un *whisky*.

—¿Ahora bebes *whisky*?

—Oh, sí... Hay que beber de todo.

—Creí que me ibas a pedir la mermelada.

Di un respingo.

—¿Qué? ¿Cómo?

—La mermelada, cariño. Como siempre.

—Pues quiero la mermelada.

—Por mí puedes beber el *whisky*.

—No, Verónica. Quiero la mermelada.

—En seguida te la preparo.

—Voy contigo.

—Como quieras.

Fuimos a la cocina, que estaba limpia.

Verónica abrió un frigorífico.

Yo estaba al lado y vi lo que se ve en un frigorífico. Un pollo, carne, diferentes clases de queso, latas de conserva. Y tres de esas latas de mermelada. Una de ellas estaba abierta.

—Déjame, Verónica. Yo me serviré.

Cogí la lata de mermelada y la volqué en un plato. Miré el interior de la lata, pero estaba vacía.

—¿Qué te pasa, Frank?

Ella me estaba observando con el ceño fruncido.

—Es mermelada de fresa, Verónica.

Señalé otra lata.

—Prefiero hoy la de pera. No te molestes. Yo la abriré.

Tenía un abrelatas eléctrico. De modo que puse la lata en el lugar

correspondiente y poco después ya estaba abierta.
Volqué el contenido de la lata en una fuente. Pero sólo salió eso.
Mermelada de pera.

—¿Sabes una cosa, Verónica?

—Que tampoco tienes ganas de mermelada de pera.

—¿Cómo lo imaginaste?

—Y vas a abrir la lata de mermelada de melocotón.

—Sí, Verónica, creo que es una buena idea.

—Tampoco la encontrarás en la mermelada de melocotón.

—¿A qué te refieres, Verónica?

—A la fórmula.

—Nena, ¿qué cosas se te ocurren?

—La fórmula del antiurano-235.

—Cariño, si yo descubrí esa fórmula, no necesito encontrarla porque la tengo en mi cabeza.

—Tú no tienes nada en la cabeza, Steve Murray.

Eso dijo ella.

Y luego sacó la mano del bolsillo de la bata y me apuntó con una pistola.

—Cariño, no gastes esa clase de bromas —le sonreí yendo hacia ella.

—Si das un paso más, te meto una bala en la barriguita.

No, yo no quería que me metiesen una bala en la barriguita. Todavía tenía que pasar mi noche de bodas, y estoy seguro de que a mi mujer no le hubiese gustado verme con un agujero.

—Verónica, guarda esa pistolita.

—Se acabó la comedia.

Yo había representado muchas comedias aquel día.

Y tal como estaban las cosas, aquélla podía ser la última. «Pasen, señores, pasen y vean al actor en su última interpretación».

—Supe que no eras Frank Silvers.

—Entonces, ¿por qué me recibiste con un beso, Verónica?

—Quería saber hasta dónde ibas a llegar.

—¿Quién te dijo que soy Steve Murray?

—Judy.

—¿Dónde está Judy?

—Me dijo que había logrado medio millón de dólares de Fleming. Se la pegó a Fleming contigo. Te llevó a su casa haciéndote pasar

por Frank Silvers... La muy estúpida me quiso demostrar que ella era la ganadora.

—Pero la ganadora eres tú porque tienes la fórmula.

—Sí.

—¿Dónde está?

—Saca la fuente que hay en el frigorífico, en el segundo estante, donde está la mermelada de fresa.

Saqué la fuente y la puse en la mesa.

—Retrocede —ordenó Verónica.

Le obedecí.

Entonces ella cogió una cuchara la metió en el bote y sacó un poco de mermelada. Pero junto con la mermelada había un tubo de plástico de color más rojo que la fresa. —Aquí está la fórmula que me hará millonaria— dijo.

CAPÍTULO XII

Tan sólo habían pasado unas horas desde que Charles Merriman llegó a mi apartamento para morir ante mis ojos. Y antes había pronunciado aquella palabra que era la clave, como se demostraba ahora.

—¿Qué te pasó con Merriman? ¿Por qué lo mataste, Verónica?

—Yo no lo maté. Fue el Turco.

—¿Y por qué lo mató el Turco?

—Me puse de acuerdo con él para arreglar las cuentas a Merriman.

—Merriman recibió la fórmula de Silvers.

—Cierto.

—En una lata de mermelada.

—Sí.

—¿Cómo lo supiste?

—Es la mar de sencillo. Silvers me telefoneó antes de morir. Sabía que estaba sentenciado. Que iban detrás de él. Yo había soportado a Silvers durante mucho tiempo. Lo había enamorado, pero a mí no me gustaba él, sólo quería conseguir su secreto. El Turco y yo éramos compañeros. Nos íbamos a casar... Por fortuna, Silvers me contó lo que había hecho. Yo había estado esperando más de un año que llegase a una conclusión en su descubrimiento... Y por fin había conseguido la fórmula y se la había dado a Merriman.

—Pero a Merriman no le duró mucho el bote de mermelada.

—Claro que no le podía durar mucho. Fui a su casa y se lo quité.

—¿Por las buenas?

—Con una pistola.

—Así que lo ibas a matar.

—Lo tenía que matar, pero tuve un descuido y Merriman escapó. El Turco estaba esperando fuera y echó a correr detrás de Merriman.

—Y le dio caza en el edificio donde yo vivía. Y lo acuchilló.

—Lo sorprendió antes de que alcanzase el ascensor.

—¿Cómo supo el gordo Mark Sorrell que Merriman estaba al corriente del secreto?

—Se lo dije yo cuando Merriman huyó. Conté con que el Turco no

lo dejaría correr vivo mucho tiempo.

—Pero tú sabías que Mark Sorrell le ajustaría las cuentas al Turco.

—Sí, cariño.

—Acabas de decir que te ibas a casar con el Turco.

—Sí, pero luego comprendí que el Turco me había proporcionado la coartada. Yo quería al Turco, pero un hombre se sustituye por otro.

—Eres todo un carácter, nena. —Hay mucho dinero en juego.

—El dinero que le vas a sacar a Fleming.

—Desde luego.

—¿Sabes lo que eres, Verónica? Una pobre estúpida. Troy Fleming hará contigo harina para pienso después de haberte quitado la fórmula.

—Me las arreglaré para que eso no pueda ocurrir.

—¿Y cómo te las vas a arreglar? Es un canalla o algo peor. Un loco. Escúchame, Verónica. Todavía tienes una oportunidad para seguir viviendo. Pero has de confiar en mi. Estoy en contacto con la gente del Gobierno. Es a ellos a quienes les vamos a entregar la fórmula. Y ellos se encargarán de protegerte.

—¡Y un rábano!

—Conseguiré que te paguen también algún dinero.

—¿Un dólar?

—Unos cuantos miles.

—¿Unos cuantos miles por algo que vale más de un millón?

—No es un millón lo que te va a pagar Fleming. Dará orden de que te liquiden la deuda en plomo. ¡Y será al contado!

—Deja de hacer el Drácula.

—Yo no hago el Drácula. Tengo los pies en el suelo. Tú, Judy y todos los demás que os habéis relacionado con Fleming estáis arriesgando la vida. Y yo creo que vale más vivir que tener un millón de dólares en la tumba.

—Yo tendré ese millón de dólares y voy a disfrutar de él.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

—Vamos al salón, Murray.

Quería saltar sobre ella, pero se dio cuenta a tiempo y me amenazó.

—Cuidado, o te mato.

Supe que no vacilaría en apretar el gatillo y me conformé con ir al salón.

—¿Quién es? —preguntó Verónica.

—El señor Fleming está aquí.

Verónica abrió la puerta y la derribaron porque un puño se estrelló contra su cara.

Era Judy con toda su pandilla. Con Albert el aficionado al ácido y el otro fulanito. Era éste quien había golpeado a Verónica. Y en la siguiente fracción de segundo la desarmó pegándole un patadón.

No pude hacer nada. Judy, desde que entró, me estaba apuntando con una pistola.

—Hola, sabueso —me saludó.

—Creí que estabas muy lejos, con el medio millón.

—Siempre he creído que las oportunidades hay que aprovecharlas.

—Conque queréis más de medio millón.

—Sumé dos y dos y llegué a la conclusión de que Verónica tenía la fórmula. Ella se entendía con el Turco. Hasta ahora no había reparado en ello. Pero la llamé desde el aeropuerto para despedirme, y ella se mostró la mar de tranquila. Y me deseó con mucha alegría que tuviese un buen viaje. ¿Por qué podía estar tan alegre?

Verónica se levantó gritando:

—¡Eres una zorra!

Judy le soltó una bofetada y la arrojó sobre un sillón.

El del ácido desapareció en la cocina, pero volvió enseguida limpiando con un pañuelo el tubo de plástico que Verónica había tenido escondido en la fuente de mermelada.

—Seguro que aquí está la fórmula —rezongó.

—Apuesto a que sí, Rock —sonrió Judy.

Verónica chilló:

—¡Es mío! ¡Sólo mío!

—Fue tuyo, pero ya lo perdiste.

—No, Judy, tú no puedes hacer eso conmigo.

—¿Por qué, Verónica? ¿Por qué no lo puedo hacer?

—Yo tuve que soportar a Silvers.

—Y yo tuve que soportar al gordo Mark Sorrell.

Me alegré de que no estuviese allí Ingrid. Habrían sido un mal ejemplo para ella. Allí estaban dos mujeres que habían tenido que soportar a dos hombres. Se habían sacrificado por ellos, para obtener ganancias. Y las dos eran jóvenes y hermosas. Pero no habían querido seguir el camino recto, sino el que conduce al

infierno, porque yo estaba seguro de que se irían derechas al infierno, aunque consiguiesen un millón de dólares.

Verónica porfió.

—Judy, quiero una parte.

—No tendrás nada.

—¡Tengo derecho a mi parte!

El llamado Albert sacó un frasquito del bolsillo. En la botella había un líquido incoloro.

—Yo te voy a dar tu parte, Verónica.

Verónica comprendió lo que contenía el frasquito, ácido, y gritó:

—¡No, Albert! ¡No me llagas eso!

—Entonces, cállate y deja de hacer la loca.

Sonó otra vez el timbre de la puerta.

Bien, aquél era Jackson. Tenía que ser Jackson que llegaba con sus agentes. Era el momento culminante de la película, cuando el bueno, yo, era salvado de las garras de los malos.

—Abre, Chuck, pero con cuidado —dijo Judy.

Chuck sacó una pistola y abrió con cuidado.

Entró Troy Fleming acompañado de su secretario, Leslie Travers.

—Hola, señor Fleming —lo saludó Judy apuntándole con la pistola.

Troy Fleming estaba muy serio.

Dirigió una mirada a su alrededor observándonos a todos. Finalmente detuvo los ojos en Judy.

—¿Qué pasa, Judy? Te creí muy lejos.

—Pues ya lo ves. Estoy aquí.

Verónica gritó desde el sillón.

—¡Señor Fleming! ¡Yo tengo la fórmula!

Judy le sonrió.

—Nena, será mejor que estés calladita. Ahora la tengo yo.

Fleming alargó la mano.

—Quiero ver la fórmula.

—Albert —dijo Judy—. Dásela.

El muchacho del ácido entregó el tubo rojo a Fleming. Éste abrió aquél tubo y sacó un microfilm. Lo levantó mirándolo al trasluz.

—No estoy seguro de que esto será otra estafa —opinó.

Judy protestó.

—Es la fórmula que Frank Silvers hizo llegar a Merriman. Verónica se la quitó.

—Aquí hay demasiada ambición por parte de algunos. Y tú, Judy, eres la persona más ambiciosa de todas. Me engañaste con Steve Murray. Lo hiciste pasar por Silvers.

—Pero ahora no te engaño.

—He de tener mis dudas.

—Muy bien. Si tienes tus dudas, ya acabamos la operación. Dame ese microfilm y lárgate.

Yo estaba soltando imprecaciones para mis adentros. Jackson me había metido otra vez en aquel lío. Y cabía suponer que llegase a tiempo para impedir que alguien me levantase la tapa de los sesos. Y era lo que iba a ocurrir irremediabilmente de un momento a otro. Troy Fleming parecía muy tranquilo y sólo podía deberse a una cosa. A que había tomado precauciones para ganar aquella partida entre granujas.

—Está bien, Judy —asintió—. Me quedaré con el microfilm.

—Lo tendrás cuando pagues.

—He traído el dinero.

—¿Dónde está? Yo no veo ninguna cartera.

—Hay un hombre ahí fuera.

—¿Cuánto?

—Traje el millón que me pidió Verónica.

—No es mucho para lo que tú vas a ganar, pero me conformaré.

Verónica gritó desde el sillón:

—¡Es mío! ¡El millón es mío!

Se levantó de un salto, pero Chuck le golpeó con el cañón del revólver.

Fleming abrió la puerta y dijo:

—Adelante, Slin.

Y entró Slin, que era un tipo que traía una metralleta, y se puso a disparar contra los tipos que estaban armados. Contra Judy y contra Chuck.

Fue rápido y efectivo.

Judy y Chuck fueron a parar al otro lado de la estancia. Cada uno de ellos tenía no menos de seis agujeros en el cuerpo.

Fleming hizo un saludo con la mano.

—Ya tienes lo que querías, Judy.

Pero ella no se dio cuenta de la despedida porque estaba muerta.

Fleming dijo:

—Adiós, muchachos.

Salió con su secretario y se quedó el tipo de la escopeta, Slin, que tenía una sonrisa en los labios. Estaba en su elemento. Lo suyo era matar y lo estaba pasando en grande porque con Judy y con Chuck no había terminado su trabajo de aquel día.

Nos iba a matar a todos.

CAPÍTULO XIII

Cuando supe que Slin iba a apretar el gatillo, me dejé caer en el suelo.

Mandó una andanada de balas.

Yo ya tenía una pistola en la mano. La de Chuck. Di una vuelta y con eso burlé un enjambre de plomo.

Al quedar de bruces disparé dos veces.

Slin se tambaleó, pero todavía envió una nueva ráfaga que salpicó la pared.

Luego ya no pudo hacer más. Dejó caer la metralleta y se desplomó. Me puse en pie.

A mi alrededor todos estaban muertos y Albert había quedado muy feo porque al caer se había volcado sobre la cara el frasquito del ácido, que ahora le corroía la carne.

Bajé la escalera corriendo.

El coche de Fleming ya estaba en marcha.

Monté en el deportivo y apreté el acelerador a fondo.

Ya estaba detrás de Fleming. Entonces me hice una pregunta. ¿Qué estaba haciendo yo? ¿Por qué no se encargaba de aquello Jackson?

A mí no me pagaba el Gobierno para impedir que los tipos como Fleming se convirtiesen en los amos del mundo. Yo era un hombre que se había casado aquella mañana y mi deber era estar al lado de mi mujercita.

La ventaja que me llevaba Fleming disminuyó un poco.

Se metió en la autopista y yo también lo hice.

Después de tres millas el coche de Fleming se desvió por un camino, hacia un campo de aviación.

Dos aviones estaban volando por los alrededores.

Cabía suponer que Fleming tuviese refuerzos en el aeropuerto. Y yo era un hombre solo.

Mi voz interior me dijo: «Muchacho, ya hiciste demasiado. ¿Por qué no vuelves al hotel donde está Ingrid? Ya te enterarás de lo que pasa con Fleming y con la maldita fórmula del doctor Silvers».

Pero allí estaba yo corriendo tras de Fleming, sin hacer caso a mi

voz interior.

El coche de Fleming se detuvo ante un hangar.

Fleming y Travers saltaron del auto y se pusieron a dar gritos.

Cuatro hombres salían del hangar.

Troy estaba señalando mi coche.

De pronto, uno de los fulanos sacó una pistola y se puso a disparar sobre mí.

Tuve que doblar el volante para alejarme.

Otra pistola se puso a ladrar. Las balas rebotaron en la carrocería.

Pero una de ellas reventó el neumático derecho.

Estaba corriendo a demasiada velocidad y el coche pareció volverse loco.

Sabía que iba a volcar. Traté de dominar el vehículo aferrando bien el volante. Pero resultó inútil.

Me vi lanzado por el aire. Y mientras volaba pensé en Ingrid y en lo hermosa que estaría de luto.

Rodé por el suelo y quedé conmocionado.

Oí a un tipo.

—Está listo, señor Fleming.

—Quiero mi avión —dijo Fleming—. Volaré hasta el rancho de Nevada.

—Sí, señor. En seguida lo saco a la pista.

—Rápido, Robert.

Yo estaba boca abajo. Si me habían dado por muerto, no se acercarían.

Oí un crepitar de llamas y vi que el deportivo estaba ardiendo.

Entonces pensé lo que ellos imaginaban. Que yo había quedado dentro del coche y que me estaba convirtiendo en una antorcha.

Me arrastré un poco para alejarme del fuego, pero procuré que el incendio me cubriese ante sus ojos.

Poco después oí un ruido.

Una avioneta salió del hangar y se fue hacia la pista.

Vi a Fleming y a Travers que estaban la mar de tranquilos, fumando un cigarrillo y hablando entre sí.

Yo conservaba la pistola junto a mi pecho.

Era la gran oportunidad. Estaba magullado y dolorido, aunque no tenía ningún hueso roto.

Fleming y Travers se estrecharon la mano. Estaban muy contentos.

Reían felices. Fleming iba a ser el amo del mundo y Leslie Travers su lugarteniente. Con toda seguridad, al día siguiente emprenderían su chantaje a los Gobiernos. Fleming iba a tener la superbomba. La más grande de las fabricadas por el ingenio humano.

Vi cómo montaban en el avión.

Sus sicarios se retiraron.

Entonces me levanté y apunté con la pistola.

El avión estaba de frente. Venía hacia mí.

Hice fuego.

El avión me iba a devorar.

Me dejé caer al suelo y rodé.

El avión pasó por mi lado y seguí disparando.

Y de pronto se produjo una explosión.

Troy Fleming, Leslie Travers y la fórmula, todo saltó por el aire.

Los sicarios de Fleming se pusieron a disparar contra mí, repuestos de la sorpresa.

De pronto aparecieron dos automóviles y también desde ellos empezaron a disparar.

Y vi cómo los hombres que me habían elegido como blanco se derrumbaban.

Jackson saltó de uno de los coches y vino corriendo hacia mí.

—Hola, Murray.

—Al fin llegó.

—Quisimos pillar a Troy Fleming con las manos en la masa.

—Estuvo en el apartamento de Verónica Huston y lo pudieron pillar allí.

—Creí que para entonces todavía no tendría la fórmula.

—Verónica la guardaba en una fuente de mermelada.

—¡No!

—Sí, señor Jackson. Mermelada de fresa.

—¿Y dónde está?

Señalé los escombros humeantes en que se había convertido el avión de Troy Fleming.

—Busque ahí.

Puso una cara compungida.

—¿Quiere decir que el antiuranio-235 está en uno de esos trozos?

—Sí, Señor Jackson. Ya le puede decir al presidente que nadie será el dueño del mundo. La fórmula del antiuranio-235 no existe. Y

ahora, con su permiso, me voy a mi fiesta.

* * *

—Cariño, ¿dónde estuviste?

—Un amigo me pidió que le arreglase una avería del coche. Sólo salí un momento.

—Pero Steve, ¿cómo se te ocurrió arreglar un coche el día de tu boda?

Sí, otra vez estaba en mi fiesta. Y todos se divertían mucho.

—Ingrid —le dije—, ya es hora de que nos retiremos. Estoy un poco cansado. El sargento Peabody se abrió paso entre los invitados.

—¡Murray!

—Hola, sargento.

—Vengo de una casa donde había un montón de muertos.

—¿Ah, sí?

—¿Ha oído hablar de una tal Verónica Huston?

—No.

—¿Y Judy Forrest?

—Tampoco.

—¡Alguien vio salir del apartamento a un tipo cuya descripción coincide con la de usted!

—Cariño —le dije a Ingrid—, ¿quieres decirle a Peabody dónde he estado todo este tiempo?

—Sargento, estamos celebrando nuestra boda, y Steve no se movió de aquí.

—Hasta luego, sargento —le dije y me llevé bailando a Ingrid.

Y así fuimos hasta el ascensor y la metí en la jaula. Y antes de que ella pudiese protestar la besé en la boca.

Poco después entramos en la *suite* matrimonial.

Entonces la tomé en brazos.

—Ingrid, ésta es mi fiesta.

Y ella, alegremente, me echó los brazos al cuello y dijo:

—Nuestra fiesta, cariño. Nuestra fiesta.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).